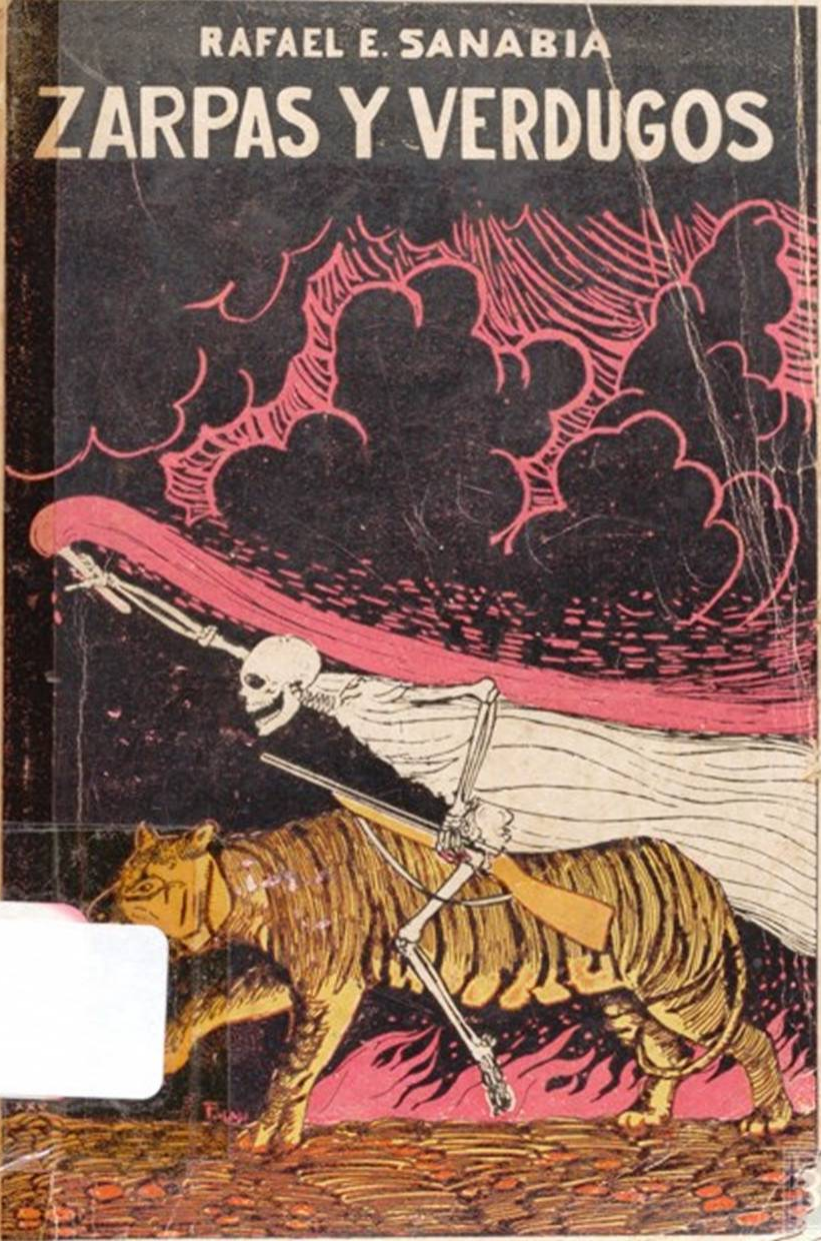
RAFAEL E. SANABIA

ZARPAS Y VERDUGOS



RAFAEL E. SANABIA

Zarpas y Verdugos

IMP. LA CUNA DE AMERICA
ROGUES ROMAN HNOS.
SANTO DOMINGO, R. D.
1925

27065.20

003675

BIBLIOTECA
Dr. Efraín Reyes Duluc
y
Dra. Isabel Medina de Reyes
República Dominicana

BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
DONATIVO
Donado por Flia Reyes Duluc
Fecha: 2013

Inv. 2019/5T

BNPHU
PD_RV
RD863.42
S197
e.2

ES PROPIEDAD

BNPE

Celebro la publicación de esta valiosa obra, de un alto sentido patriótico, porque su autor, Rafael E. Sanabia, execra en ella los horrores perpetrados por los marinos norteamericanos, durante el cruento período de la Intervención Militar.

Y, porque pretendo, que estas dos líneas, escritas sobre su libro, contribuyan a confirmar el espíritu de protesta que encierran sus páginas!

Manuel Pina Benitez

BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
DONATIVO
Donado por: _____
Fecha: _____

PROLOGO

Este es un libro nacionalista y éllo me pone la pluma en la mano. La Ocupación **Americana** ha creado en la Repú blica un género literario especial: el género nacionalista cuyo más notable fruto es, hasta ahora, **Al Rededor y en Contra del Plan Hughes-Peynado** por Félix E. Mejía.

Zarpas y Verdugos es la obra de un joven que no carece de autoridad frente a esa juventud que está echándolas de patriota después de haber presenciado la tragedia de su patria infeliz, desde su butaca. El formó parte de la comisión que puso en manos del contralmirante Thomas Snowden la protesta contra el discurso pronunciado por éste en Haina, protesta que fué

la primera proferida en tierra dominicana después de la proclamación de la Ocupación Militar, y ante la cual las formuladas en suelo extranjero resultan tortas y pan pintado. El fué, en fin, procesado y condenado por una Corte prebostal; vistió el traje del presidiario y sufrió cárcel ominosa por haber irritado la ceñuda censura con la publicación de **La Conquista.**

Con el prestigio de tales blasones, Rafael Emilio Sanabia exhorta a esa juventud a "sacudir al sol de las grandes aspiraciones su hermetismo sistemático y su inconsistencia perjudicial". He aquí cómo la juzga el autor: "Nuestra juventud —dice—hueca y ridícula, falta está del vigor que pone en el músculo la realización de obras que ameriten grandes esfuerzos. No se piensa más que en aquello que deleita, entretiene, divierte. Nadie concede respeto al honor de los demás. Se dilapida con el mayor descaro el nombre de los ciudadanos puros. Y en las alturas triunfa y se impone con todas sus miserias, la falange de los audaces".

En verdad, si la juventud es un torso del futuro, nuestra generación actual no promete ser un ejemplar de bondad, fuerza y belleza. Se ha levantado y educado en la peor de las escuelas, la de la estulticia yanqui. "América—dice Georges Sorel

—es el país de los mediums; en ninguna parte la tontería, el snobismo y la histeria están tan desarrolladas; el reclamo más desvergonzado es recibido entre los Yanquis y, en ninguna parte, el capitalismo se desarrolla con tal lujo de pillerías y escándalos".

Sanabia preconiza frente a "la audacia imperante que ha sucedido al brillo sin esplendor de la espada", la campaña del libro. Creo que la campaña que debe hacerse es más bien la de los talleres. Trabajar vale más que pensar cuando no se trabaja con el pensamiento. Las dos principales causas de nuestro atraso son la poca densidad de población y la falta de cultura técnica del pueblo.

Después de la Ocupación ha recrudecido entre nosotros el individualismo. Todos los frenos morales se han roto o quebrantado. La empleomanía se ha desarrollado escandalosamente con las prácticas anti-económicas y burocráticas de un Gobierno que multiplica innecesariamente los empleos para satisfacer la concupiscencia del partidarismo victorioso. El esfuerzo del trabajador es sustituído en todas partes por el politiqueo. El dominicano no puede trabajar aunque quiera, porque no sabe, y el Estado no pone a su disposición los medios para aprender. No

existe una sola escuela en la República que merezca verdaderamente el nombre de escuela técnica, ni un solo taller donde formar un buen obrero, mientras una Universidad desprovista de todo, hasta de espacio para instalarse en un país endonde el espacio es el lujo de las moradas, vomita incesantemente, con raras excepciones, galenos librescos, legistas leguleyos y filósofos y retóricos dignos de los tiempos de Enodio.

Romain Rolland, en una carta dirigida a Vasconcelos y que los hispano-americanos deberíamos aprendernos de memoria, dice que "es preciso reanimar y erguir a las Repúblicas hispano-americanas". Y agrega: "En el conjunto pan-humano tienen una misión luminosa que cumplir y hasta nuestros días no la han realizado por molicie y por violencia, por sensualismo disolvente, por orgullo personalista, por provincialismo nacional, por individualismo desenfrenado y, sobre todo, por rabia de destruir y destruirse".

¡El individualismo desenfrenado! He aquí el mal dominicano por excelencia. Dueño de sus destinos por la causa remota del ingrato abandono de España en Basilea, sin población, sin industrias y sin luces, la nueva República Dominicana, junto a la influencia del individualismo

que es la base económica y religiosa de la civilización actual, tuvo, desde el primer momento, la peculiarísima influencia de su modo de vida colonial: secularmente en estado de guerra tácito con su vecino de Occidente, y punto menos que libre de trabas coactivas, el antiguo colono español heredó a los ciudadanos de Febrero, no obstante el largo cautiverio haitiano, con su lanza y su espada trocadas luego por la carabina de chispa y el machete, y su caballo y su hamaca y sus monterías comuneras; con su cigarro o su cachimbo y su taza de café y su escarcela vacía y su prodigalidad y su sensualidad, y con su instinto pendenciero, nómade e insociable. ¿Qué mucho, pues, que el mal que corroe las entrañas del mundo tenga en el habitante de Santo Domingo su arquetipo? A causa de esta disolvente enfermedad social, luchar contra la dispersión debe ser, para el Partido Nacionalista, el objetivo supremo.

He mencionado el primero y único partido doctrinal dominicano. El autor de la obra que prologo afirma que los candidatos improvisados no pueden conquistar la confianza de la opinión pública, y añade: "En nuestros días no hay ciudadano que al inscribirse en un Partido de Principios, si tiene un Candidato para la Presi-

dencia de la República, no investigue su condición personal, y aún llegue a más, a percatarse de que en su vida privada es un ciudadano ejemplar". ¡Ojalá fuera verdad tanta belleza! Si así fuera seríamos la nación más feliz de la tierra.

Mas en primer lugar, no hay opinión pública; y, en segundo lugar, no hay partidos de principios, salvo el nombrado. La opinión pública se refleja en los comicios, y éstos son una grosera mentira a causa de la supina ignorancia del campesino y de la corrupción del elector urbano. La opinión pública se refleja en el parlamento, y nuestros Congresos suelen ser meros paniaguados del Ejecutivo. La opinión pública se refleja en la prensa, y ésta carece, en general, de independencia y cultura. La opinión pública, finalmente, es hija legítima de la primera entre las instituciones del Estado, y nuestro concepto del Estado convierte los derechos individuales en meras concesiones.

En lo que a partidos de principios se refiere ¿cuál de los antiguos partidos es doctrinal? "Un partido político, dice Bluntschli, es el que se inspira en un principio político, y persigue un fin político también. Pero un partido no es más que una facción cuando se sobrepone al Estado, cuando subordina los intereses de éste a

los suyos propios, el todo a la parte. Difícilmente podrá llegar la facción a la categoría de partido, pues éste degenera con facilidad en facción. El partido se convierte en facción y viceversa, por una simple inversión de los polos, según que domina en su seno el espíritu general o el particular". Si el criterium, en esta materia, es el predominio de los intereses generales sobre los intereses particulares, un partido personalista como el Horacismo o Nacional o como el Velazquismo o Progresismo o como el Jimenismo liberal o histórico, no puede ser considerado sino como una facción.

El verdadero elector dominicano no ha sido hasta ahora sino un traficante que, en busca de un empleo, muda de opinión como muda de camisa, ¡tan cierto es que ningún principio lo guía! Si alguno lo guiara, antes que investigar la vida privada del candidato, se fijaría en los graves defectos de la vida pública de éste, por ejemplo, si después de haber prometido extinguir la Convención y saldar la deuda pública, engaña a sus comitentes, o si en vez de defender al pueblo asaltado, lo ha obligado con su autoridad a desarmarse obedeciendo cobardemente al mandato del invasor extranjero, o si ha formado su facción política arrimado vergonzosa-

mente al poder de ocupación y cooperando con él abiertamente, o si se ha enriquecido a la sombra de abusadoras corporaciones extranjeras o si obra como un agente del interés norteamericano en nuestro país antes que como ciudadano celoso de nuestra soberanía.

En cambio ¡cuánta razón tiene el autor al señalar la falta de sanción para los falsos patriotas, para los simuladores, espías y cómplices, para los ayanquizados y los empleados incondicionales del Gobierno Militar! Dos capítulos, entre los diez y ocho que he podido leer, intitulados **Nacionalismo Conservador** y **La Victoria de los Tránsfugas,** valen ellos solos por un libro. Hay en éllos párrafos tan verdaderos y elocuentes, que no quiero renunciar al placer de transcribirlos: "Vosotros, los que a la hora de la prueba, del sacrificio, no tuvísteis el valor de afrontar con entereza la arrogancia del Invasor; vosotros, los que buscásteis solar propicio para rehuir el cumplimiento del deber; vosotros, los que en la paz de vuestras casas solariegas comíais con el oro arrancado de las arcas nacionales en días de pasadas prostituciones políticas, huid avergonzados, con las manos puestas sobre el rostro, donde la servidumbre os dejó impreso el filo de su garra, a buscar en la obscuridad de

los antros seguro ambiente para el desenvolvimiento de vuestras protervas ambiciones. Y busque el Pueblo en el debate de las nuevas ideas que parecen anunciar gloriosa aurora para el brillo de sus instituciones, campo apropiado. Es hora fecunda para la realización de los ideales. El cruento martirio de nuestra pasada crucificación ha depurado los corazones, y el espíritu forcejea por batir sus alas inmensas en el azur infinito de las inconmensurables conquistas del pensamiento".

He aquí cómo se expresa Sanabia respecto de la necesidad de sanción: "Esa alta misión, esa misión sagrada, primera que todas, estaba confiada al primer gobierno nacional que surgiera después del imperialismo americano. Así lo reclamaba el momento histórico. Así lo reclamaba la civilización de la época. No tratamos de conquistar posiciones para los buenos patriotas, que bien merecidamente las tendrían; no venimos a disputarle a nadie la holgura con que las circunstancias lo han favorecido. Solamente señalamos la justa reparación que debió establecerse para que, más tarde, tan lamentables enseñanzas no sirvieran de puente a nuestras generaciones.

"Que no se utilicen los servicios de los patriotas, ingratos a los ojos de los Esta-

dos Unidos: está bien! Que no se premie con verdadero estímulo a los ciudadanos que contribuyeron con sus actos de abnegación y sacrificio a resolver el obscuro problema de la intervención: está bien!

"Pero que sin considerar en las perjudiciales consecuencias que consigo lleva la exaltación de la crápula, se entronicen ciudadanos que no cumplieron con el deber de salvar la soberanía; pero que sin escrúpulo alguno se levanten hombres que tienen impreso en la frente los caracteres del servilismo; pero que sin respeto a nuestros antepasados, burlemos la obligación de mantener inmaculados sus abnegados sacrificios, eso está mal!, eso es imperdonable!, eso es criminal!

"Un gobierno que inicia su administración bajo tan lamentables auspicios, está amenazado de muerte. La dictadura, fomentada por el antagonismo de ideales contrarios que se debaten por fuerza natural, tendrá que surgir nuevamente en el pais para cubrir de ignominia el territorio de la República. Y nosotros atribuimos como única causa de tan funesto augurio, la falta de sanción. Pueblo que decapita a sus defensores sobre la plataforma de la prensa o de la tribuna para llevar al poder a sus verdugos, no puede

merecer mayor suerte que la de su desaparición definitiva! Sin embargo..."

¡La dictadura! ¿Qué otra cosa son los gobiernos dominicanos, si atenuada unas veces, si exacerbada otras? Estrechado entre el atavismo y el progenismo, el gobierno actual ni reacciona contra las tendencias de regresión al **coloniaje**, ni reacciona, tampoco, contra las anticipaciones progresivas del imperialismo absorbente. Casi puede asegurarse que ni siquiera se da cuenta del deber de reaccionar, a pesar de la celebridad de la terrible frase del Sr. Hostos tan mal entendida e interpretada, aún por algunos de sus propios discípulos: **Civilización o Muerte.**

Los gobiernos dominicanos nunca han sido los servidores del pueblo sino sus dominadores. Frente a su desprecio sistemático de la opinión, son ellos quienes pretenden esclarecerla. Representan la injusticia revestida de legalidad. Su empleo de la fuerza no tiene por objeto asegurar el derecho, que es la libertad de establecer el orden, sino asegurar el cumplimiento de su voluntad y de sus conveniencias particulares sobre la voluntad de la nación que algunas veces logra expresarse (como en el caso de la última campaña anti-convencionista eminentemente popular,) y sobre la conveniencia general que

no necesita ser expresada, porque este sentimiento brilla aún en la conciencia de quienes la discuten; ofreciendo así espectáculos como el que se representó recientemente en las Cámaras, de una exigua minoria partidaria armada apoyando decididamente al Ejecutivo contra la voluntad total de la Nación. Así como es hermosa y bella la fuerza cuando es coacción que asegura el respeto al derecho, así bien es repugnante y fea cuando asegura el abuso de sí misma.

¿Cómo emplear la violencia cuando todos los medios legales (protestas, mítines, representaciones, pactos de honor de una mayoría) son impotentes para reprimir la injusticia impuesta a título oficial, en un país desarmado previamente por un Estado extranjero aliado de la dictadura? La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano coloca "la Resistencia a la Opresión" entre los cuatro derechos primordiales; pero la más solemne declaración de principio es letra muerta en una República donde los partidarios del gobierno son los únicos capacitados para portar armas.

Cualquiera que sea la situación de impotencia en que se encuentre colocada la ciudadanía ultrajada en su derecho por un poder abusivo, su deber es luchar. La lu-

cha por el derecho es el más alto deber de la vida. "A aquel—dice Jhering—que, cuando su derecho es insolentemente desconocido y pisoteado, no siente que no se trata solamente del objeto de su derecho, sino de su propia persona; a aquel que, en tal situación, no experimenta la irresistible necesidad de defender su persona y su buen derecho, no hay ninguna ayuda que darle, y no experimento ningún interés en convertirle. Ese es un tipo cuya existencia basta constatar, en hecho, **el Filistín del Derecho,** como podría llamársele. Egoismo y materialismo encarnados son los rasgos que le caracterizan. No sería el Sancho Panza del Derecho si no viese un Don Quijote en todo hombre que persigue, en la defensa de su derecho, otros intereses que no sean los de su caja. Para él yo no tengo otras palabras sino la frase de Kant: "Aquel que se arrastra no debe quejarse de ser pisoteado".

Tal es la razón de ser del Partido Nacionalista. Este ha surgido de las profundidades populares, de las cuales no es sino la voz. Es una llamada de los hombres que trabajan para defenderse de los hombres que los explotan. Es un clarín de combate entre un grupo libre y apto y una coalición de ineptos y serviles. Viene a implantar una política que tenga por base

el trabajo, porque el trabajador es el verdadero ciudadano. Sus instrumentos de trabajo son su libertad porque son las nuevas armas del hombre. Viene a predicar el derecho de asociación como medio necesario del derecho y deber electorales; la cooperación, como forma sistematizada de la asociación; la función electoral, como la función de poder por excelencia, y la descentralización, como régimen de salud social. Y por último, viene a defender la patria: viene a declarar que la independencia de la antigua Española es una necesidad del Nuevo Mundo, porque ha sido su cuna y porque en su suelo se han abrazado y han convivido fraternalmente, por primera vez en la historia, todas las razas humanas.

Comencé diciendo que **Zarpas y Verdugos** es un libro nacionalista, y termino recomendando su lectura. En él se honra el recuerdo de aquellos esforzados venezolanos defensores de nuestra soberanía: Horacio Blanco Fombona y Manuel Flores Cabrera. En él se exulta y glorifica a Máximo Cabral, Gregorio Gilbert y Maquey. Los medallones de los tres contralmirantes norteamericanos que en tierra dominicana deshonraron sus insignias, no son el mérito menor de la obra de Rafael Emilio Sanabia, obra de aliento, de

emulación y de reparación.

AMERICO LUGO

Santo Domingo, 19 de Agosto de 1925.

ZARPAS Y VERDUGOS

I—LA RAZON DE ESTE LIBRO

I

LA RAZON DE ESTE LIBRO

Nunca la indolencia se ha prestado para servir de pedestal a las obras donde el espíritu deja imborrables las huellas de sus especulaciones. El indolente y el esclavo, están ciegos del mismo ideal.

NO es poco el temor que nos asiste al publicar este libro escrito con amor en las dormidas soledades, en las acerbas horas de nuestros años juveniles, cortas para alcanzar la inefable grandeza a que aspira el alma sencilla, pero muy largas y muy negras frente

al desengaño siniestro que ha exprimido con mano feroz nuestras más elevadas aspiraciones.

No es poco el temor que nos asiste, repetimos, porque careciendo como nosotros carecemos, del divino sortilegio para enjoyar con frases galanas el pensamiento, apenas nuestra reducida capacidad ha de dispensarnos la satisfacción de transcribir nuestras ideas sin pretensiones de que ellas alcancen por su timbre y donosura, el ditirambo que estamos muy lejos de merecer.

Nuestro libro, será un libro modesto en la forma. Nuestra pluma, apenas os dejará entre desabridas palabras, y pocos altisonantes conceptos, la impresión de una Esfinge que os quisiera hablar.

No será elocuente, porque el mutismo de su expresión indefinible no ha de trascender a lejanas visiones de efímeras conquistas...

Actual, frívolo y sincero,—eso sí—, el

os irá descubriendo uno tras otros, sin caer en pueriles acusaciones, sin hacer mención de personas más o menos conocidas, ni cubrir de baldón reputación alguna, todos aquellos sucesos que en el desenvolvimiento luctuoso de las circunstancias que rodearon el complicado proceso de la Intervención Americana, surgieron del seno de nuestras sociedades ignaras como abortos de ignominia, incubadores de cuanta corrupción puede servir de simiente para el desarrollo infeliz del retroceso moral de nuestras nacientes generaciones.

Y lo hacemos así, porque este libro no va a ser exponente de flaquezas individuales; ni el autor está animado por el deseo de acusar a nadie. Muy lejos de tan molesta pretensión, solo aspiramos a desentrañar del pasado ominoso, aquellas desviaciones tan peligrosas, que de no ser combatidas, podrían acarrear al País tristes consecuencias inevitables.

No pretendemos acusar a nadie. Esa labor serena y dolorosa, debe ser confiada en la lejanía del tiempo, a otros autores. ¡La Historia no olvida!...

Sencillamente, nos hemos decidido a escribir este libro, estos contados artículos, porque en verdad, y es fuerza que aquí lo digamos, detalles hay tan elementales en la psicología de nuestra sociedad, que de no trascribirlos inmediatamente, por su simplicidad, pudieran pasar por alto para las generaciones venideras.

Y es razón que insistimos en dejar impresa con caracteres imborrables sobre la sinceridad de estas páginas, porque a pesar de lo poco consistentes que resultan esos detalles, ellos constituyen, a nuestro humilde modo de entender, las causas primordiales de nuestras frecuentes claudicaciones.

¿Quién, por ignorante que se tenga si es austero, se atrevería a negar que el dominio exótico tronchó de un solo tajo, im-

placable, nuestras sanas y puras inclinaciones, llevando a lo más hondo de nuestras costumbres el morbo de prácticas tan perjudiciales, fomentadoras de nuevas y tristes dolencias morales?

Los Pueblos que indiferentes se vuelven de espaldas a su destino, y soportan sumisos el golpe de sus propias cadenas sin que la insolencia del AMO los despierte, son como esas mulas de noria que en la aridez de las peladas sabanas, jadeantes y torpes, bajo el fuego de un sol calcinante, solo obedecen al látigo del Patrón cruel y bárbaro.

¿Quién, por ignorante que se tenga si es honrado, no ha de recordar con escrúpulo aquella hora de ignominia en que todas las frentes se inclinaron, todos los brazos se rindieron, todos los labios callaron?

Los Pueblos empedernidos por la ambición del peculado cuando envueltos por la vorágine de las pasiones políticas olvi-

dan sus tradiciones, profanan el sepulcro de sus mártires, y no saben oponerse a la Esclavitud, son como esas veletas de los altos molinos que el viento mueve a sus caprichos!...

¿Quién, por corrompido que sea si no es hechura de la Insidia, no ha de aceptar la dura verdad de nuestra aptitud frente a las fuerzas interventoras, neronianas, no como consecuencia de una consigna premeditada, sino como fruto de una enfermedad política que, adueñándose de todo el organismo social, minó las vísceras más ocultas, y debilitó a tal extremo nuestra integridad nacional, que al paso del Invasor apenas advertíamos el peligro?...

Pueblo que indolente no presta al desarrollo de sus instituciones todo el vigor que su propia naturaleza demanda, destinado está a sufrir la presión del progreso que como una ley universal se manifiesta en la vida de los pueblos vecinos. Pueblo

que no prospera, puede ser absorbido! Endeble y flaco, como esos árboles que el invierno y la muerte coronan de nieve, inclinará impotente sus ramas débiles a las primeras iras del airecillo que irónico, desafíe su carcomida robustez.

No vamos pues, a prestar nuestra pluma para que ella sirva de verdugo. En nuestras lijeras apreciaciones iremos descubriendo escenas y actores, procurando en lo posible disfrazarlos hasta donde sus deformidades nos lo permita.

Fatalmente, en esta hora que debió ser de grandes y justas reparaciones; fatalmente, en esta hora que debió ser la hora propicia para la gran evolución de nuestro régimen social decadente, estamos concurriendo no sin asombro, a presenciar cómo el Fanatismo beatificado por el rutinario sentimiento de **pandilla,** enarbola por encima de los dolores de la Patria su desmantelado banderín. ¡Mueca de ignominia!... Pirueta irónica que contras-

tando con la visión del pasado, lleva al espíritu de las multitudes sedientas, el amargo cristal de nuestras agrias y corrompidas prácticas partidaristas.

Ojalá que este pobre libro, formado con amor en horas acerbas de nuestros años juveniles, alcance en el decurso del tiempo, contribuir a la consolidación de nuestra necesaria cultura cívica. Para que así, un día, no tengamos que arrepentirnos de haberlo escrito.

Abril, 6, 1915.

II—PORVENIR LEJANO

II

PORVENIR LEJANO

La luz del ideal, es para los Pueblos débiles, como el fulgor en noches de tormenta.

Los pueblos faltos de ideales, están muy lejos de alcanzar y cumplir su destino.

El hombre, cual que sea su origen, cual que sea su clase, cual que sea su condición facial, en todos los tiempos de la humanidad, en todas las sociedades del mundo, ha sido siem-

BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
Santo Domingo, R.D.

pre factor substancial en la evolución de las grandes conquistas del pensamiento. Parte integrante del organismo social, dentro del cual se debate, no puede sin desdoro de su propia condición individual substraerse al dinamismo progresivo de esa fuerza sublime, reguladora, que delimita sus actividades, para que ellas, sin poner fronteras a las actividades de los demás, puedan alcanzar el expontáneo desenvolvimiento de sus propias energías naturales.

De ahí que, cuando estrangulado en su destino por corrientes contrarias a la disposición de su naturaleza se vé arrastrado hacia el abismo donde se hunden todas sus aspiraciones, oponga recio e invencible reducto al empuje absorbente que le debilita y merma, dando en cambio de la satisfacción de sus actividades, los más preciosos tesoros de su juventud, y aun de toda su existencia.

Pero, si en verdad, la libre disposición

de no aceptar brutales mordazas, de romper con todo círculo que pueda achicar sus ambiciones, constituye en la vida del hombre, la más alta concepción de su destino, ello no representa sinembargo, el verdadero concepto del milagro para el cual ha nacido.

Y, si un hombre, robusto gañán de las pampas opulentas, puede pasarse toda la vida a la sombra de los bosques sin que su organización humana no haya de echar de menos las protestas con que la civilización y el progreso sellan en la evolución de los pueblos el triunfo de los ideales, es cierto también, que sin diferencia alguna con las demás bestias salvajes, se limitará solamente al mantenimiento de su naturaleza anímica, olvidado del infinito bien que naciendo en el corazón de las criaturas, es fuente de celestiales misericordias para la conciencia de todas las familias.

Los Pueblos, más complejos en su or-

ganización que el hombre, pero llamados a satisfacer funciones similares, cuando solo dedican sus energías para el desenvolvimiento y la prosperidad de sus riquezas materiales, suelen olvidar en su creciente desarrollo, el cultivo del corazón de la ciudadanía, dando por resultado tan lamentables prácticas, el fomento de enfermedades sociales de tan peligrosas consecuencias, que ellas solas socavan fatalmente, el pedestal de las más fecundas y poderosas empresas.

No es labor encomendable al periódico, a la revista, o al libro, solamente, esa necesaria labor de atender al cultivo de la conciencia de un Pueblo, sino precisa que comenzando por el perfeccionamiento de cada un ciudadano, nos vayamos acostumbrando a moralizar nuestras familias, encaminándolas por esa senda tan estrecha de la moral, del respeto a todo lo que constituya un símbolo de fe, para que así fortalecidos por la luz de los ideales que

acrecienta la devoción a un Ser Supremo, se tema a la comisión del delito, nó por temores a la sanción de la ley, sino por respeto al castigo de la voluntad de ese Gran Señor, que rige en la locura del mundo, todas las maravillas con que se deleita la humanidad.

Pueblo sin religión, es un pueblo sin fé. Batallará inútilmente por alcanzar fabulosas satisfacciones efímeras, pero se derrumbará envuelto entre la densa sombra de la corrupción más execrable.

La vida, tal cual es, lijera, fugaz, transitoria, tiene en sus variados aspectos, manifestaciones tan diversas, que no es cosa fácil coordinar en un solo cauce la armónica vibración de todas sus finalidades. Los hombres amoldan a sus caprichos el barro con que el Misterio hizo la carne humana y cada hombre dentro de circunstancias diversas, piensa y obra de acuerdo con las fuerzas circunstantes.

Solo la fé en el ideal, antorcha orienta-

dora para el espíritu de las naciones, unifica y robustece esa complejidad multiforme de los pueblos, que en su incesante batallar, corren ciegos y torpes, a buscar por caminos extraviados, la luz bienhechora de las más puras satisfacciones humanas.

Solo la fé en el ideal, la fé sacramental, que es fuente bendita de todas las religiones del mundo, puede dar al hombre y a los pueblos, el valor suficiente para alcanzar en árduas, pero grandiosas batallas salvadoras, el pan que fortificando la conciencia, es fruto de pureza y de perfección para las naciones.

En la hora actual, presente, en que escribimos estas apreciaciones, con pesar tenemos que combatir las peligrosas tendencias dominantes, productos de la pasada dominación que incubó en lo más oculto de nuestras masas, el morbo de corrupciones tan abominables, que la pluma no acierta a denunciarlas. Perdido todo respeto al deber de cumplir los menos com-

prometedores preceptos de la moral, nuestras multitudes, heridas por los fulgores de las fáciles posiciones políticas, corren en vertiginosa carrera a confundirse y corromperse.

Nuestra juventud, hueca y ridícula, falta está del vigor que pone en el músculo la realización de obras que ameriten grandes esfuerzos. No se piensa más que en aquello que deleita, entretiene, divierte. Nadie concede respeto al honor de los demás. Se dilapida con el mayor descaro el nombre de los ciudadanos puros. Y, en las alturas, triunfa y se impone con todas sus miserias, la falange de los Audaces.

La Patria afligida al peso de tan abrumantes desigualdades, contempla exánime el peligro a que la está exponiendo la voluntad de las turbas. Si no hay a tiempo una mano que se levante para señalarnos el nuevo camino, es no muy difícil que volvamos como ayer a ser víctimas de los Piratas que silenciosos, aguardan la

hora propicia para la vendimia.

Es preciso, que la naciente juventud, que es fuerza en todas partes del mundo, sacuda al sol de las grandes aspiraciones ese hermetismo sistemático y esa inconsistencia tan perjudicial. Que contribuya, cuando no dirija, a despertar en la ciudadanía, la fé en los futuros destinos de la República, en modo tal, que siendo ella exponente de cultura y moral, no le falte la suficiente autoridad para llevar al ánimo de los apocados, el vigor que dá la Virtud en las dolorosas lides en que el espíritu se levanta. Arrojemos en el surco ennegrecido por nuestra imperdonable apatía, la simiente fecunda de nuestros sueños de libertad; demos al mundo la enseñanza de ser un Pueblo digno de nuestra historia, y contribuyamos todos a que la siniestra Anarquía no se despierte victoriosa, para que así, podamos alcanzar de la Gloria el lauro que la fé en nuestros ideales nos pueda tener reservado.

Proclamemos, dignificados por el ardor que es fiebre depuradora, nuestra decidida cooperación a la santa misión de hacer cada vez más sincero nuestro sentimiento de amor por la Patria; pongamos a la altura donde la civilización de la época reclama nuestras ejecutorias de bien para la sociedad. Sin que para hacer más relucientes nuestros esfuerzos, reduzcamos a escombros los falsos monumentos que atónitas, contemplan nuestras generaciones desorientadas. Estamos concurriendo en el presente momento a una de las etapas de más interés para nuestra vida nacional, y de no aprovecharla tal vez más tarde, tengamos que sentarnos a llorar sobre las sombras de nuestras propias ruinas, el producto de nuestros imperdonables desatinos.

Juventud, es fuerza limpia de pecado.

Juventud, es sonrisa de gloria sobre los horizontes obscuros.

Juventud, es brazo florecido de con-

quistas!

A tí, Juventud, está encomendada la dura misión del arrojo!

A tí, Juventud, la jornada de las gloriosas rebeldías!

A tí, el peso de todas las responsabilidades!...

Si quieres salvarte: anda!

Si quieres glorificarte: lucha!

¿No sientes la voz de mil clarines que desde ignorados ámbitos hieren el aire con el ritmo de todas las exultaciones?

¿No ves sobre la cima de los empinados cielos la fulguración del Tiempo como te denuncia la fuga de la Vida?

Anda y lucha Juventud!...

La Patria, te lo ordena.

Trepa sobre corcel de fuego. Haz que tus iras inmensas tengan por pedestal cuatro montañas, para los cuatro cascos de tu caballo de combate. Abre los brazos de tus ideales en modo tal que toda la grandeza del mundo duerma en ella. Y

acuérdate que tu camino no puede ser otro, que aquél donde comienza el sacrificio por la Patria, y termina la glorificación por su grandeza! ¡Anda pués!...

III – NACIONALISMO CONSERVADOR

III

EL NACIONALISMO CONSERVADOR

El sacrificio por la Patria, por su independencia, es un deber que no puede someterse a reglamentación alguna. Los buenos ciudadanos defienden la libertad de la sociedad donde viven, porque para ellos, la esclavitud es un oprobio.

HERMOSA paradoja!

Hay en la vida de los pueblos que circundan estas vertientes americanas, sociedades tan complejas en su constitución social y política, que en ellas las manifestaciones del sentimien-

to patrio no son más que puros y sinceros exponentes de sus complicadas actividades.

Harto por sabido tenemos nosotros los dominicanos, la realidad de estas razones, que aquí, como en cualquier otra parte del continente, solo han servido de pábulo al desarrollo de banderías políticas. Así pues, hemos visto y hemos tolerado siempre con la naturalidad más sorprendente, que **Caudillos** elevados a la magnitud de Representantes del Pueblo, se dieron cuando emulaban las turbas para escalar el Poder a publicar en todas las latitudes de la República plataformas brillantes las cuales más tarde, cuando alcanzaron el triunfo en los comicios, fueron relegadas al olvido. Aquí puede afirmarse que el Caudillo se acostó siendo el Defensor de las libertades públicas, pero al otro día, al levantarse, era la más perfecta personificación del absolutismo y de la Tiranía.

Tan lamentables decadencias, tan tris-

tes desviaciones habían de ir aunque lentamente, carcomiendo el espíritu del pueblo hasta llegar en su labor de impudicia a postergarlo en la más imperdonable indolencia, tan imperdonable, que cuando llegó la hora de las pruebas supremas, permaneciera imbecilizado, sin que la más pequeña contorsión de represalia mordiera su conciencia disecada.

La falta de sanción, la falta de buen sentido político, la fácil disposición a rendir homenaje al paso de la Barbarie revestida con los falsos atavíos del Poder, dieron al traste con el esplendor de nuestras pretéritas pujanzas de civismo.

A un Cacique, era de ley, debía suceder otro Cacique.

Y, las mismas dolencias morales fomentando la ignorancia de las turbas había de poner dique a toda tendencia de progreso que pudiera romper con las sombras de la concupiscencia y de la servidumbre.

Pero, a nosotros, como a otras sociedades del Continente, había de llegarnos después de tan duras enseñanzas, de tan dolorosos tropiezos, la hora de las justas reparaciones, y a la Tiranía centralizadora había de suceder la Democracia Representativa. Todos los pueblos han tenido en el calvario de sus días, frecuentes y vergonzosos derrumbamientos, pero todos al correr del tiempo, han surgido al escenario de las grandes justas del derecho, mostrando muy en alto la enseña gloriosa de sus máximos ideales.

La Intervención Militar Americana, paréntesis de opropio abierto en la inmensidad del tiempo, como una mueca de ignominia, rompió aquel otro paréntesis de ignominia nacional, que preparó en sus fatales consecuencias, el triunfo de la Conquista. Y, bajo el amargo dolor de aquellos días de esclavitud, las pasiones políticas se fueron enfriando, los ciudadanos se fueron unificando, las aspiraciones alcan-

zaron el mismo nivel, y ya desprendido de todo el organismo social el morbo que fomentó las divisiones nacionales, la razón, dueña y señora de nuestros futuros destinos, se empinó desde la más alta cumbre del Patriotismo, y a todos nos señaló una sola senda: la del Deber.

Todos, absolutamente todos, respondimos a la voz que fué luz de esperanza en las tinieblas para rendir a la Patria el sacrificio que el decoro y el honor demandaban?

Ah! vosotros, amables lectores, que paseais sobre estas páginas sencillas la luz de vuestras pupilas iluminadas, bien sabéis la verdad de aquellas amargas y dolorosas realidades. Mas, no es a nuestra pluma, adiestrada en las lides donde el ideal batalla sin fronteras, a quien vá ahora a corresponder la dura misión de acusar y estigmatizar.

Sinembargo, justo es que dejemos aquí, sin puntualizaciones que puedan mortifi-

car a nadie, escritas para que no se avienten al olvido, algunas verdades comprendidas dentro del ciclo de oprobio de aquella época luctuosa para el patriotismo dominicano.

Puede, que despojos de las viciosidades del pasado, sobre todo, la falta de reparadora y justiciera sanción, pretendan obscurecer el brillo y la altivez de nuestras actuaciones. Mas quién de vosotros no ha de recordar como recordamos ahora, la diferencia de responsabilidades que median entre el dolor de aquellos días, y el egoísmo de éstos que corren, de corrupción y vilezas? En aquella hora nefanda, desgraciadamente, no fueron pocos los ciudadanos que sometidos a tristes y vergonzosas complacencias hicieron enrojecer de vergüenza el rostro afligido de la Patria humillada.

Y, cómo la pluma se indigna tocada por el coraje que la infla, al recordar las cómicas apostacías de tantos infelices para

quienes el sagrado deber de libertad no fué más que una sombra fugitiva...

Se dieron a participar en la obra de la conquista como servidores disimulados. Hablaron al pueblo de su entereza. Prometieron junto al Interventor mediar en lo posible para menguar nuestras vicisitudes. Sinembargo, en la historia de esa época de ignominia, jamás se les vió suscribir protestas, ni aparecer en las filas de los ciudadanos rebeldes. Para ellos, los que arrojados y decididos emprendían la senda del decoro y la dignidad, no pasaban de ser unos incautos, unos soñadores, unos ilusos. Había que aprovechar la vendimia, y vendimiaron... Infelices criaturas que el destino puso sobre la tierra para que solo sirvieran, de lo que sirven... ¡Ellos son los eternos personajes de nuestra comedia política! No tienen Patria! Son los grandes capitanes del Presupuesto! Parasitarios de profesión, aumentan sin hacer ruido sus haciendas.

Prosperan visiblemente. Y, a la hora de las graves responsabilidades, se escapan, con una sutileza tan extrema que cuando vuelven a dar señales de vida muy fácilmente no se les puede culpar. ¡Son los mismos de siempre!

Y, ahí, están. Erguidos. Descarados...

No temen a nada. Tienen el dominio de su propia estulticia.

Atila, los abandonó, para que ahora recibieran nuevas prebendas.

Remóntese el lector con nosotros al pasado y recuerde con el dolor con que ahora recordamos, si al describir los temperamentos que hemos esbozados en estas líneas hemos mentido. Si han desaparecido del escenario de nuestras actividades políticas, esas monstruosidades horrorosas. Ahí están de nuevo exponiendo al pueblo y al gobierno a sus viejas andanzas.

Vosotros, los que a la hora de la prueba, del sacrificio, no tuvisteis el valor de

afrontar con entereza la arrogancia del Invasor; vosotros, los que buscasteis solar propicio para rehuir el cumplimiento del deber; vosotros, los que en la paz de vuestras casas solariegas comiais con el oro arrancado de las arcas nacionales en dias de pasadas prostituciones politicas: Huid avergonzados, con las manos puestas sobre el rostro, donde la servidumbre os dejó impreso el filo de su garra, a buscar en la obscuridad de los antros, seguro ambiente para el desenvolvimiento de vuestras protervas ambiciones.

Y, busque el Pueblo en el debate de las nuevas ideas que parecen anunciar gloriosa aurora para el brillo de sus instituciones, campo apropiado. Es hora fecunda para la realización de los ideales! El cruento martirio de nuestra pasada crucificación ha depurado los corazones, y el espiritu forcejea por batir sus alas inmensas en el azur infinito de las inconmensurables conquistas del pensamiento.

Ponga el pueblo en alto su blanca enseña redentora. Y, a la sombra de su influencia bendita, de paz, de amor, y de concordia, rindiendo cada uno su honrada misión dentro del engranaje de la ciudadanía, aportemos nuestro abnegado esfuerzo. Para que así, en el devenir de las futuras épocas, podamos enorgullecernos de haber contribuido a la obra sublime y grandiosa de reconstrucción, que se nos adentra!...

¡Paso al triunfo de las ideas científicas!

¡Olvido para el Caudillaje Patriarcal!

IV—EL IMPERIO DE LA BARBARIE

IV

EL IMPERIO DE LA BARBARIE

La renuncia es siempre una derrota, al paso que la muerte en pos de las libertades públicas, es siempre un triunfo.

Los pueblos que no saben darse su propio gobierno, adquieren el gobierno que merecen.

NUESTRAS pasadas administraciones, desde el cuarenta y cuatro, hasta la fecha fatal en que la Codicia americana dió por suelo con la soberanía del pueblo dominicano, no fueron más que pálidos e infelices ensayos

de gobiernos. Acaso, en esa vertiginosa disgregación de los principios constitucionales, que sirven de fundamento a las sociedades modernas, para el establecimiento de la Democracia Representativa, régimen que reclama la avanzada preparación cívica de nuestras masas, hubo entre todos, un período que llevó al ánimo de las multitudes, la esperanza de alcanzar conquista tan necesaria y provechosa: nos referimos, al Gobierno que presidió el malogrado compatriota Don Ramón Cáceres.

Sinembargo, aquella esperanza feliz, tan fugaz como valiosa, se vió desmentida por la exaltada violación de un puñado de ciudadanos, que, pugnaba por entonces establecer en el país las prácticas de nuevas doctrinas revolucionarias...

A partir de esa época, las administraciones que surgieron fueron todas circunstanciales, y los compatriotas que escalaban el Poder llevados por la voluntad de

las fuerzas imperantes, defraudaron con mayor desdoro para las ambiciones de la ciudadanía, el afán incesante del Pueblo que reclamaba un régimen político apropiado con su naturaleza.

Y no podía ser de otra manera...

El Pueblo, cansado, impotente, anheloso de darse a la paz, comenzaba a odiar el sistema de las guerras civiles, se debatía por el triunfo de los principios, levantaba el espíritu por encima de todas nuestras miserias, y ya no era cosa fácil empujarlo a los cuartelazos, ni llevarlo a las selvas para que sirviera de carne de holocausto.

La evolución, aunque en una forma rudimentaria, había nacido del mismo centro donde el error de nuestras ambiciones, al punto que alcanzaba efímeros éxitos, contemplaba socavarse el pedestal de su salvaje predominio.

Al brillo sin esplendor de la espada guerrera, se enfrentaba la sublime fulguración del pensamiento; frente al Trono de Ti-

berio, las turbas comenzaban a proclamar el empuje de la Prensa y la Tribuna; la Anarquia, se desquiciaba con sus propias fuerzas, y triunfaba en el espíritu nacional, la idea de los nuevos rumbos.

Fué en esa hora precisamente, desgraciadamente, cuando nos sorprendió de un solo zarpazo el águila rapaz, dando al traste con una labor de más de ochenta años!...

Aquí, no vamos a señalar el cúmulo de aprendizajes vergonzosos, de prédicas corruptoras, que durante el largo tiempo de la Intervención, filtró en el ánimo de nuestros conciudadanos la forma administrativa del Gobierno Militar. Gobierno de fuerza, ejecutivo y transgresor, no podia para bien de esta pobre sociedad, brindarnos prácticas que más tarde pudieran servirnos de recursos povechosos para el desenvolvimiento de nuestras actividades políticas. Y es sin duda esta razón, la causa primordial de nuestros infelices ensa-

yos de progreso, que después de la Intervención, hemos venido a comprobar esta dolorosa realidad: al brillo sin esplendor de la espada guerrera, ha sucedido el imperio de la AUDACIA!

Y hemos ganado mucho!...

Ahora, frente a las auras de redención que asoman halagadoras, sobre los cielos encapotados por el dolor y la adversidad de nuestros errores pasados, estamos concurriendo a una nueva evolución salvadora, tal vez sea la última, ojalá no equivocarnos: A la AUDACIA triunfante, derrumbará como a una momia, la opulencia bienhechora del libro!

Hemos llegado a la más alta cima a donde puede llegar un Pueblo dentro de sus vertiginosas caídas. Y, no ha sido de un solo salto. Hemos ido ganando unos tras otros los escalones de Suplicio y de las grandiosas victimaciones. No hay un solo peldaño que nuestra conciencia no haya bautizado con un martirio. Eso era

lo inevitable....

Estamos pues, frente a una gran batalla.

No serán las espadas guerreras, ni los fogozos corceles, ni los valientes varones, quienes puedan emprender la nueva justa que el destino nos señala.

La Audacia, ni siquiera cuenta con esos medios!...

El servilismo, la docilidad, el agasajo, la intriga, pueden en el espíritu de voluntades flacas, ganar proselitos; pero, cuando pretendan asaltar la conciencia del hombre, forjado para las nobles conquistas del pensamiento, entonces, huirán en derrota a buscar refugio entre las sombras, al amparo de las cuales crecieron y se desarrollaron...

Vengan pues a terciar en esta campaña del libro, en esta lid gloriosa del pensamiento, en esta contienda cívica, todos los descendientes de aquellos infelices que el Monstruo de nuestras guerras intestinas se

tragó de un solo bocado; vengan a terciar en esta lid del libro, todos los compatriotas que en el duro período de la Intervención Militar, concurrieron a dar su quietud y hasta su sangre por mantener en alto el decoro y la vergüenza de la ciudadanía; venga en esta campaña del libro, a terciar decidida, esa masa tan castigada de nuestros obreros, a recoger con justicia el fruto de sus nobles afanes; venga esa pujante juventud que prestigia desde los bancos de la Universidad, el buen nombre de la República, a disputarle a la Ignorancia ensoberbecida el pedestal que servirá para la glorificación de la Patria!

Venid vosotros, compañeros de religión en la prensa o en la tribuna, a imponer definitivamente el esplendor de vuestras prestantes y abnegadas contribuciones para el desarrollo de la evolución que se avecina, que a vosotros, más que a ningún otro apostolado, se debe en la presente hora, la conquista de tan gloriosas

perspectivas!

El Porvenir de la República, os aguarda!

V--LOS PARIAS

V

LOS PARIAS.

Quiénes son? No importa! La vida de un insensato; de uno de esos seres que por instinto, se alimentan con carne humana, es cosa de poco precio. A esos seres que destruyen la moral de las sociedades, se les puede matar, como a un perro!

VOSOTROS, miserables! creisteis que la hora de vuestro castigo no llegaria nunca? Pues bien, al fin ha llegado!

Qué misión la de mi pluma!... No te-

mais... ella, no os matará, que para ser más cruel con vosotros, os perdonará la vida, para que así, bajo su vergonzosa pesadumbre, vayais pagando vuestras culpas!

Honor, grande honor, te voy a dispensar, con no escribir sobre esta página tu nombre! Tu nombre, obscuro y bastardo, compuesto de tres sílabas, sacrílegas, tétricas, mortíferas! Nombre impío, nacido para el dolor dominicano cuando la historia de nuestra tierra había menester de la piedad de la tuya! Errante judío, que sin patria y sin bandera, llegaste a las playas de esta tierra bendita para llevar el luto a muchas familias. Tu obra nefanda, creación dantesca de tu cerebro tenebroso, arrojó al sepulcro la existencia de muchos compatriotas. Tú, errante judío, que muestras en el semblante la frialdad de las panteras selváticas; tú, que en el color cetrino de tu piel amarilla y de tus bigotes blancos, aunas en una sola sonrisa

la perfidia del puma; tú, asalariado oficinista, que para levantarte del abismo donde te empujó el destino hubiste de romper con el hilo de nuestras inalterables rebeldías; tú, que hablaste siempre en voz baja, y viste cumplir en alta voz, el reclamo de tu voluntad pérfida; tú, has tenido el descaro, la sorprendente osadía de permanecer bajo el cielo de esta tierra, seguro de que mano alguna, descargaría sobre tu existencia miserable, el estigma sangriento con que la conciencia nacional te ha bautizado. Pero mi pluma aguardaba la hora propicia. Mi pluma, no puede perdonarte!...

Alza el corazón, si lo tienes bien puesto, a la altura donde los grandes ideales vibran con el ritmo de toda las glorificaciones!

Acércate con respeto al sepulcro donde duermen inmortales, los héroes de nuestras grandes epopeyas, y si no tiemblas de espanto, y si no te flaquean tus piernas, y

si no has perdido todavía la insolencia de aquellos días nefastos: escúchame: Voy, para hablarte, no a buscar alta tribuna.

Acepta, por un segundo,— y es mucho honor para tí—, que tienes en la extensión de la tierra, una patria que te pertenece, que naciste bajo la caricia de un sol que tus abuelos cuajaron con la púrpura de todos los sacrificios; que en esa patria tuya, la bandera es sudario bendito que se agita al aire para proteger a todos tus hermanos; y, que lloras enternecido, cuando al eco de ondas marcilaes, llega a tu oído, el himno en cuyas alas, abre las suyas la patria!

Ahora, mira con indescriptible espanto, cómo sobre las limpias arenas de esas tierras doradas, la voz del Exterminio por puro mandato de la voluntad de la fuerza, invade sabanas, incendia aldeas, descuaja montes, mata niños y mujeres, ata a la cola de las bestias lobas, cuerpos de setenta años, descuartizados en carreras estrepi-

tosas... Y, no te inquietes... allá, en el fondo de la selva, en la quietud profunda del bosque, donde solo la pupila de Dios no se esconde, vas a concurrir a un horroroso suplicio: alguien ha tomado entre sus brazos, uno de tus hijos; se lo ha llevado muy lejos de tu alcance. Rujes por encontrarlo. Te vas mordido por el dolor tras sus huellas y... caes en manos del enemigo. Te atan de pie y mano. Un tronco robusto de nuestras selvas tropicales, te sirve de sostén; ponen a tus plantas desnudas los enrojecidos labios del fuego; pero eso no basta. Antes de que el fuego te pueda reducir a cenizas, hay primero que carbonizarte las entrañas. Mira!... No lo ves? Te llama, su vocecita como un himno de piedad entre las iras del viento, implora tu socorro. Estás atado. No puedes asistirle. Van a degollarlo, será descuartizado, y los perros famélicos que giran al rededor de la hoguera, como sombras hambrientas, se pro-

ponen celebrar con la carne del inocente, una fiesta! Bendita fiesta!...

II

Y tú, Insignificancia ampulosa, vestida de hombre, adónde vas tan aprisa? Detente! Acaso imaginas que puedes huir acobardado del fuego de mi cólera? ¿No sabes que para hallarte, todos los caminos son cortos?

—Cómo cambian los tiempos!...

Y tú, que llegaste a creer en tu locura ilimitada, que el poderío de tu Señor era indestructible!... Ya ves... Todo se ha disipado como una bruma... Solo ha quedado imborrable en mi memoria, el recuerdo de tu profesión de estulticia. ¡Fuiste espía!... Naciste espía, morirás arrepentido de todas tus bajezas. Pero aun así, a la hora de tu muerte, desesperada,

tus labios profanadores han de contraerse en un rictus sombrío, porque al abandonar las mundanas regiones irás a formar parte en lo desconocido, con las sombras que el dolor y la miseria cuajó al conjuro de tus calumnias envilecedoras!

Alza los ojos si te atreves. Tu cabeza de Judas cubierta de estopa, me obliga a pensar en tu origen. En aquella hora de la fecundación que fué un himno de ignominia para la humanidad, debió de cruzar por el espíritu de tus mayores la sombra de Caín.

Tú, mestizo y cobrizo, causas la impresión de un muñeco fabricado con el residuo de todos los desperdicios. Buena muestra para ser exhibida en un circo de acróbatas! Tu ángulo facial, agudo y frío, tiene la expresión de una hoja de acero propia para emular el puñal de Bruto.

Hombre sin voluntad, la sevicia y el hartazgo te impulsaron a servir de nodriza nórdica, cambiando tus papeles de hom-

bre, por el de una ligera hetaira. Hombre-saurio, tu espina dorsal supo de todas las ondulaciones de que es capaz la ruindad y el servilismo. Tus ojos estrechos y cortos, parecen estar siempre en acecho. Tu mirada delata. Hay en el fondo de tu pupila hechizante, la triste sabiduría de todas las dilapidaciones. En ti, todo se contradice. Tus ojos hablan. Tus labios miran, tus manos oyen; tus pies escuchan...

Cuando, fáciles a la codicia de tus apetitos, contemplas tus víctimas, entonces, ves con los ojos, hablas con los labios, gesticulas con los brazos, andas con los pies.... Jamás te equivocas!

Arista humana que vas por el mundo errando porque no sabes lo que vale una patria, tiempo ha de faltarte siempre para destruir las agenas! Ayer, te creiste invencible, y poca razón no te faltaba, que ha sido siempre ley de mala muerte, que cuantas veces la impudicia es exaltada a

la dignidad del Honor, desdore cuanto se encuentre a su alcance. Y, que lástima para tí, que no exista la vergonzosa censura!

¡Bozal para los libertadores!

¡Esposas para los soldados!

¡Cadenas para los patriotas!

Sobre la prensa, la guillotina!

Sobre la tribuna, el filo de la bayoneta!

Alza los ojos si te atreves. No temas que mi verbo enrojecido por la indignación haga de tu depravación un puñado de cenizas. Mucho me cuidaré de hacerte tanto honor. Vete, vete, hombre infeliz, a buscar tranquilo en el seno de esta patria que tanto dilapidaste, el pan que la misericordia y la piedad de mis hermanos han de brindarte. Cómelo! Cómelo con respeto, que él será para tí, más provechoso que el pan barato de tus pasados errores. Es tanta tu insignificancia, que solo me mueves a perdonarte. ¡Pobre criatura!...

VI—NACIONALISMO EMPIRICO

VI

NACIONALISMO EMPIRICO

El Nacionalismo entre nosotros ha sido como en cualquier otra parte del mundo: un sentimiento creado por el dolor humano, para latir con el corazón de los diosas.... Un sentimiento, y como todo sentimiento del alma, solo sujeto a la voluntad de lo infinito. A pesar de su inmensidad muchas veces ese sentimiento puede caber en un corazón cuyo tamaño no excede en volumen al puño de un niño. Los hombres aprendieron a conocerlo desde el primer minuto en que nació para la libertad de las sociedades el círculo estrecho de la esclavitud. Sus

formas con variadas, y en sus aplicaciones, por lo regular se equivoca desgraciadamente el objeto de su verdadera finalidad.

EL Nacionalismo, no es un sentimiento que puede fácilmente acomodarse a los caprichos del hombre para servir de puente a la conquista de una posición política. Los ciudadanos que piensan, cuando así obran, que no están en descubierto, se nos ocurren como esas pobres hetáiras bien ataviadas, que dando al olvido sus impurezas pasean altivas sus miradas, sin escuchar el triste rumor que tras sus plantas va levantando la Opinión Pública. Como razón universal, el Nacionalismo nos dá la mano a todos; pero también, cuando inconsecuentes con sus mandatos aprovechamos la ignorancia de las multitudes para explotar sus sentimientos, entonces, surge del fondo de las mismas multitudes

engañadas, y se transforma en potencia contendora.

El Nacionalismo, no tiene mano, y blande la espada de las grandiosas epopeyas restauradoras.

El Nacionalismo, no tiene ojo, y vislumbra con su mirada infinita el huracán de las pasiones humanas, cuando la Anarquía gesta su desmedida ambición de mando.

El Nacionalismo, es mudo como la Esfinge del desierto, y sinembargo, en la elocuente solemnidad de su mutismo desentraña fuerzas misteriosas con las cuales, derrumba testas coronadas, socava imperios, y obra milagros que inflaman el asombro del mundo.

El Nacionalismo que es amor sin fronteras para la libertad de todos los pueblos, en todas partes es el mismo. Sus consecuencias no son siempre el resultado de su eficiente aplicación. Si en todos los pueblos no se manifiesta del mismo modo, no

es precisamente porque su virtud deje de ser lo que invariablemente ha sido, sino porque las entidades que pueden interpretarlo, no todas están preparadas para percibir y vibrar al influjo de sus inmortales influencias purificadoras. . .

Hay en el concierto de las naciones, unas sociedades más civilizadas que otras. Desgraciadamente, parece que todavía, para las sociedades de nuestros últimos tiempos, no repercute la voz del Nacionalismo con el clamor que la civilización de la época reclama. La depresión moral que invade, corrompiendo los cimientos de nuestras generaciones irresponsables, es triste barrera para el desarrollo de un sentimiento tan grandioso.

El Nacionalismo, fué la llama que envolvió en lenguas de inmortalidad, la figura gigante de aquel Coloso, que se abrazó a la Gloria, en el solemne instante en que la muerte lo vencía en el patíbulo.

El Nacionalismo, fué el pudor que hirió

de grandeza la ingenuidad de aquella heroína máxima, que tuvo el capricho de atarse las faldas para evitar en su deslumbradora caída, la profanación de las miradas salvajes de Atila.

El Nacionalismo, fué la aurora que sonrió complaciente al héroe de las Carreras, y coronó la frente con los laureles de la victoria, a los abnegados soldados de la patria, en la batalla de Beler.

La parda e ilimitada figura de Guarocuya, sobre las erizadas montañas del Bahoruco, y la sencilla y majestuosa serenidad de Juan Pablo Duarte, sobre la isla de Curazao, sean tal vez en la historia de todos los tiempos del pueblo dominicano, las dos más culminantes expresiones del verdadero nacionalismo.

El uno, erguido sobre la montaña, más grande que el Dios de la Guerra, proclamando con el vigor de su brazo, el ímpetu inmenso de su raza; los ojos incendiados por el deseo de la Trajedia, y el labio re-

torcido por la ira de las conquistas supremas!...

El otro, sereno como el océano, vasto como el misterio, inmenso en el amor de patria, como ilimitado en su abnegación por ella; silencioso, convencido, resignado; las órbitas de sus ojos fijas en el horizonte, y luego... un profundo dolor disimulado, una sonrisa compasiva, un suspiro fugaz... ¡Cómo se asombra el espíritu ante esa indescriptible visión inmortal, en que dos inmensidades, como dos resplandores ilimitados, se abren campo entre la obsuridad del pasado, y se abrazan, señalando en el devenir de los tiempos, el camino de las augustas glorificaciones...

VII--LOS AMIGOS DE LA PATRIA

VII

LOS AMIGOS DE LA PATRIA

Para Manuel Flores Cabrera y Horacio B. Fombona.

LAUREL!...
Muchos laureles!
Más laureles todavía!...

Para vosotros! amigos de la Patria! Caballeros del honor! Embajadores del Derecho!

Para vosotros, defensores de la Libertad!

Para vosotros, amigos nuestros, hijos

de aquella tierra legendaria donde el Genio del Heroismo incubó la savia del Espíritu de Bolivar.

Para vosotros, hermanos del Negro Primero, antes quien azorados huían en derrota los batallones de Bóves.

Honor y gloria para los descendientes de Miranda!

Honor y gloria para Anzoátegui!

Honor y gloria para Minchin, y Fámior!

Gloria y honor para los hijos de aquellos gigantes soldados que en la batalla de la **Casa Fuerte,** hicieron resucitar los hermanos muertos, y curaron con el valor de su intrepidez a todos los heridos!

Fué el augusto espíritu de vosotros, el indomable espíritu vuestro, el aliento de Bolívar, el soplo que caldeó nuestras conciencias en aquellos días nefastos, en que la ignominia escribió con sangre de puritanos, sobre la inmensa página del mundo, la más irónica y perversa profesión de fé para el ideal de las jóvenes nacionalidades

americanas.

¡Paso al Libertador!... Laureles, para sus hijos!...

Cómo tiembla mi mano movida irreverente por la gratitud nacional, para imprimir como un blasón en estas lineas, vuestros nombres!

Cómo se regocija mi espíritu mordido por todos los desengaños y estimulado por todas las amarguras, al recordar aquellas épocas en que vosotros, enrolados a las filas del deber, disteis como dominicanos de verdadera devoción al Ideal, todo vuestro ardor patriótico; enrojeciendo con vuestra elocuente y gallarda altivez, los pómulos congestionados de aquellos jueces impíos, de aquellos verdugos miserables, para quienes la ley no podía ser otra cosa, que un divertido juguete.

No estais en el Olvido!...

Vuestros hermanos, aquí, en esta isla distante, en esta tierra donde el amor y la hospitalidad es brazo que nunca se reco-

ge; vuestros hermanos de martirio, al evocar la cariñosa floración de vuestro recuerdo, os ven con los ojos del alma, os contemplan coronados por rosas de la más encendida gratitud, y os extienden al través de las ondas que nos separan la mano de la patria agradecida! Levantaos!... Bien podeis en presencia de ella, permanecer en pié!...

VIII—NACIONALISMO EJECUTIVO

VIII

NACIONALISMO EJECUTIVO

Juan Montalvo, a tu pluma galana había de faltarle para ser más grandilocuente, el desarrollo de este motivo!

Simón Bolívar, a tu espada deslumbradora y mágica, para ser más gloriosa, hubo de faltarle ocasión de impulsar al sacrificio, soldados del arrojo de estos soldados!

Inmortalidad, a tus inmensos dominios para completar tus excelsitudes, tus glorificaciones imperecederas, tenían que llegar mancebos, de la talla de estos mancebos, engendros del Heroismo, más grandes que la vida y que la muerte!

QUIENES son? Dónde van? Qué afán los mueve?

Unos cuantos. Un puñado de valientes. Apenas treinta hombres!

Marchan resueltos. Un solo ideal los dirige, una sola ambición los junta.

Abandonan la ciudad. Buscan en un recodo del largo camino lugares estratégicos. Una voz, serena, complaciente y subyugante, se impone. Todos inclinan la frente ante el eco imperativo de sus órdenes. Se han trazado una línea. Han jurado darse a la muerte antes que al Impostor. Al aire, como tocada por un soplo de tempestad se agita presurosa la bandera de la cruz. El cielo sonríe con una infinita sonrisa de redención... Son unos cuantos. Apenas treinta hombres...

¡Concurran a este prodigio los miles clarines de la Fama! Lance la Victoria sobre las pampas desoladas de la muerte, sus corceles de fuego. Ruja el empíreo con la voz de todos los cataclismos, y pre-

sencie la humanidad azorada en este siglo de claudicaciones, esta noble enseñanza de patriotismo.

Quiénes son? Donde van? Qué afán los mueve?

Allá, en la altiplanicie que remata un monticulo, entre la borrosa visión de la lejanía, se divisan como sombras fantásticas numerosas figuras humanas. Son más de treinta. Avanzan como una granizada de cuervos sanguinarios. Traen máquinas para matar. Traen la siniestra pretensión de entrar a la ciudad del 30 de marzo, sin que a su paso ninguna voluntad se oponga. Es dictado del más salvaje de los jueces. Es una sentencia militar. Morirán los ancianos, morirán los niños! Pero, no pasarán, no pasarán!

Así lo habia dispuesto el Martirio, y Máximo Cabral apostado en un recodo del largo camino, en compañía de un puñado de bravos, en aquella hora en que palmo a palmo, con la serenidad de los grandes

convencidos concurría a la más grandiosa prueba del honor nacional, debió aparecer a los ojos angustiados de la Patria aureolado por los mismos resplandores que un día envolvieron en el Cercado al más alto valor de abnegación con que cuenta el pueblo dominicano en su brillante historia!

Los Invasores, han descubierto al enemigo. Sin pérdida de tiempo, se han disparado sobre ellos. Ha sido una fácil poda. Bastó para hacerla, dos, tres descargas. Eran tan pocos los muertos vencidos, y tantos los vencedores por vencer!... La soldadesca ebria de pillaje y lujuria vitorea su poderío. Ha ganado el primero y el último encuentro.

Ya están juntos a los sangrientos cadáveres; la bayoneta de Atila apunta acá, hiere allá, destroza, descuartiza en criminal orgía. Este patea, aquel incendia, y de los labios de los restantes, en círculo, brotan palabras de ironía, de

burla..

Sinembargo, ¿quién es ese mancebo que de cara al sol, chorreando sobre la frente un hilo de sangre, los ojos abiertos, aun después de la muerte hiere desarmando la cobardía de los Bárbaros, con una sonrisa inmortal? Quién es ese paladín ante quien muda permanece la lengua, y se recoge acobardado el brazo de la profanación? Quién es ese elegido de la gloria sobre cuyo pecho, destrozada la bandera nacional yace entre jirones mil? Ah!... Ese descamisado, ese loco sublime, ese hombre inmortal, fué un Héroe. Y, ese Héroe, con un puñado de valientes, con unos cuantos hombres, nos enseñó, para que no lo olvidemos, que una sociedad por más débil que sea y frente a cualquier Enemigo, siempre puede tener ocasión para sucumbir con honor antes que darse a la esclavitud.

¡Gloria para Máximo Cabral!

¡Gloria y honor para sus compañeros!..

II

Gloriosa detonación!...

Bendita arma inmortal, que el Genio de la guerra puso en manos de un niño!

Adónde va ese muchacho loco? Detenedlo. Cerradle el paso. Amarradlo de modo que no pueda escaparse! Pero, todo ha de ser inútil, la rebeldía, el espíritu nacional, se retuerce en su noble corazón, y pugnará por libertarse mientras con mayor empuje lo contengan!

Soltadlo. Soltadlo! Abridle amplia senda. Cubridle de rosas el camino. No veis, cobardes, que lleva en los ojos el fuego bendito del sacrificio? No veis, indolentes, que sus labios se contraen de ira? No veis, apocados, que ante indiferencia tanta su espíritu se enciende en llamas de venganza, y por cumplir su voluntad, es capaz de todo?

Bendita arma inmortal! Gloriosa deto-

nación!...

Ha llegado tranquilo al muelle de San Pedro de Macorís. El ejército yanqui no es menor en número de quinientos hombres. Hay cañones, hay ametralladoras, están todos los fusiles cargados. Están todos los brazos listos. Una palabra de protesta bastará para que la cólera del Conquistador siembre de exterminio y muerte toda la ciudad. Quién puede vencer fuerzas tan poderosas? Oponerse al paso del ejército es darse a la muerte.

Y, para morirse, hay hombres que lo piensan mucho...

La Patria impotente lloraba lágrimas de desengaño. Dónde estaban sus hijos?

El nuevo atropello se había consumado. Por qué la desamparaban? De qué pecado se le podía acusar? No surgiría del fondo de los abismos un brazo o una voz que se levantara para defenderla? Claro que sí! Y la voz y el brazo de Grego-

rio Gilbert, habló y cumplió con su proeza, la más extraordinaria e inconcebible de las hazañas de que puede ser capaz el ingenio del hombre. Figura tan grandiosa, no era propicia para ser pasto de la muerte, que el Destino que se tragó implacable a Máximo Cabral, y a sus compañeros, para enseñarnos el sacrificio por la Patria, ahora, asistía a este loco muchacho, para que sirviera de enseñanza a las generaciones venideras. Con Gregorio Gilbert quedó probada la gran verdad de que la abnegación y el heroismo no se detienen a considerar los resultados de sus empujes. Inútil la tempestad de acero, sobre esta águila invencible!

Gregorio Gilbert, en el corazón del Ejército americano, acaba de preguntar por el Jefe. Un soldado se lo ha enseñado. "Es este". Y, al punto, ha rodado por suelo el Jefe, herido de un pistoletazo. Tras del Jefe, ha rodado otro, tras ese, otro más, y el grueso del ejército,

en completa desorganización, se ha lanzado en masa al río... se creyó perdido. Pensó que se obedecía un plan. Circunstancia que vino a favorecer la fuga del niño héroe. Ahora, después de la tragedia, allá va, el loco muchacho blandiendo en la diestra un arma humeante, se va para la selva!... No serán arcos triunfales ni víctores de agradecimiento los que se levantarán a su paso para glorificarle. Todas las puertas, le serán cerradas. Vendrá después para completar su grandeza, la Calumnia de Judas, y el nuevo Redentor será entregado a los esbirros, para que le juzguen y maten. El ha de concurrir sereno. Oirá la sentencia. Pero, antes de morir como un perro, ha de estrangular entre sus poderosos brazos, al más temible de sus Jueces.

Los hombres que la Gloria escoge para sus inmortales justas son tan extraordinarios, que casi siempre los arma con fuerzas que ellos mismos no conocen. Gre-

gorio Gilbert, que había sido condenado a morir ahorcado, y a quien se le mostró el lazo, y se le dijo el sitio donde había de ser ejecutado, al oir su sentencia hubo de responder solamente con esta frase: ya era tiempo!... Sinembargo, a pesar de su resignación, y a pesar de su desamparo, él tenía fé en el ideal de su destino, y escuchaba una voz que en la sombra le hablaba: ¡no morirás!

Es la primera vez que en la historia de la humanidad, la Gloria desciende de sus altos dominios, para poner en tierra la rodilla, y coronar en vida la frente de un héroe tan inmenso, como lo es Gregorio Gilbert!

La sangre de este héroe, que la Providencia no ha querido derramar, acáso estará destinada para futuras glorificaciones?

Quiera Dios que nó! Para que así, un día, en la augusta paz del solar nativo, pueda vivir feliz y dichoso, sin que sus

manos se hieran al golpe del martillo,
errando por lejanas tierrras...

IX—EL HEROE ANONIMO

IX

EL HEROE ANONIMO

Cuando un Pueblo se vé amenazado de muerte, puede agotar todas sus fuerzas, por mantener el espíritu que sabe crear con la luz de una estrella—la glorificación de sus más altos ideales.

UN oficial de la gendarmería norteña, zorruno, maléfico e impío, con la frialdad con que suelen revestirse los seres habituados a obedecer maquinalmente la voz que los mueve y domina; tranquilamente, hubo de poner en conocimiento del Primer Magistrado de la Nación, el deseo de su Go-

bierno, de contribuir en lo posible, a la solución del conflicto que por entonces, inquietaba la vida política del País.

Y, su pérfida manifestación de fraternidad no pudo ser más osada, ni menos indiscreta.

Había que abrir brecha, amplia y gloriosa, bajo el furor de los cañones infernales, para que el ejército de la República, entrara victorioso a la ciudad, favorecido por el resplandor del poderío norteamericano.

El ardid, muy divertido por cierto, propio para sorprender a los habitantes primitivos de la Isla, no pudo felizmente alcanzar su pretendida felonía.

El Primer Magistrado de la Nación, antes que jefe del Estado, antes que Director de su Partido, o Cacique de su tribu, descendió majestuoso del Capitolio para ceñir su frente con el lauro que la posteridad agradecida, le había reservado.

El insolente oficial, no obstante, lanzó

a los cuatro vientos su manifiesto de traición. Esperó tranquilamente. Puso en evidencia nuestro valor legendario. Y, las banderas aquellas, que debían aparecer en distintos sitios de la ciudad como una muestra de sumisión a la voluntad de los Impostores, no fueron enarboladas.

Aquella noche, aquella pesada noche, plomiza, como un inmenso cetáceo, bajo la dulzura avergonzada de los astros silenciosos, una figura errante, una sombra de rebeldía, un hijo del pueblo, corría por todas las calles, preso de los más crueles e incontenibles arrebatos!

Sombra solitaria junto a la estatua del Almirante, se empinaba como una montaña de ira sublime pugnando por multiplicar sus fuerzas! Sombra heróica! Hija de la abnegación impotente, en vano clamaba con la voz del infinito por los hombres y por las armas!

Y, como un apóstrofe enrojecido por la cólera de las más grandiosas rebeldías,

de sus labios brotaba esta inexorable interrogación: ¿adónde están los hombres? ¿Adónde están las armas?

A su redor, el prejuicio de la conservación del instinto, que reflexivo ante la culminante gravedad de la hora hizo cerrar todas las puertas!

Sombra que lloró lágrimas de sangre!

Sombra que habló con palabras de incendio!

Sombra que desorbitada, vislumbró en el dolor de aquella noche fatal, la crucificación de tantas esperanzas, el exterminio de tantos ideales!

Hoy, al evocar aquel momento inolvidable, sentimos en lo profundo de nuestras entrañas, el ansia infinita de traer a la blancura de esta página, el nombre de aquella figura interesante, que de haber encontrado propicio escenario para la realización de la tragedia, seguro que hubiera dado en holocausto, para la causa de nuestra libertad, el tesoro precioso de su pu-

jante juventud.

Indudablemente, en aquel mismo instante, en que la Perfidia sajona preparaba su felino zarpazo, el Heroísmo, que nunca sabe ser pérfido, incubaba en el espíritu del Pueblo, el gérmen fecundo de las glorificaciones salvadoras!

X--LA VICTORIA DE LOS TRANSFUGAS

X

LA VICTORIA DE LOS TRANSFUGAS.

Las sociedades, deben para mantener sin desdoro sus atributos morales, sancionar sin temor alguno, todas aquellas debilidades que merman el brillo de sus instituciones. Los ciudadanos que traicionan el cumplimiento de su sagrado magisterio, debieran servir, colgados por el cuello, de alta enseñanza para las multitudes....

CUALQUIERA de vosotros, lectores amables, seríais capaces de levantar del fondo sombrío de ese pasado de ignominia, como quien descorre un siniestro cortinaje, todas aquellas figuras divertidas, que al lado del So-

lon Yanqui, con discreción, o sin ella, se hicieron señalar por el clamor público con el calificativo de traidores!

Traidores, porque jamás se les vió en ademán de protesta.

Traidores, porque aceptaron destinos administrativos, a la sombra de los cuales, se enriquecieron, precipitadamente...

Traidores, porque contribuyeron como payasos de una comedia ridícula, a pervertir nuestras costumbres, prestándose a servir de propagadores de las infamias extranjeras.

Traidores, porque fueron rémoras propicias al mantenimiento del régimen militar, en la pretensión de que no descenderían jamás de la provechosa holgura en que los había colocado el Destino...

Traidores, porque delataban, injuriaban, espiaban...

Traidores, porque indiferentes a los dolores del Pueblo, arrojaban a este con arrogante desprecio los desperdicios de

sus menguadas abyecciones.

Para ellos, estaba reservada, según lo había decretado el clamor público, la piedra de los suplicios!

Para ellos, y para sus descendientes, el estigma de todas las represalias!...

Para ellos, la maldición de todas nuestras desgracias!

Ellos, purgarían el dolor de Cayo Báez.

Ellos, responderían por la sangre del anciano Cuevas, destrozado en plena ciudad, por el filo de la bayoneta.

Ellos, atados de los postes de la ciudad, ondularían como tristes péndulos trágicos, para servir de alta enseñanza a las multitudes....

Ya más nunca se levantarían del obscuro abismo donde los arrojó la codicia y la perfidia.

Ya más nunca alcanzarían de la conciencia nacional, el precioso tesoro de la confianza del pueblo!

Ya más nunca servirían de escarnio pa-

ra esta pobre sociedad.

Así, lo había decretado el clamor público.

Sinembargo, el tiempo ha transcurrido con prontitud. El dolor del oprobio, la vergüenza de la esclavitud, han ido desapareciendo. Los ciudadanos culpables vuelan con inaudito descaro a buscar en la fila de los ciudadanos probos, lugar propicio al triunfo de sus pasadas caídas. Querrán redimirse? Pensarán pagar de algún modo el mal con que retribuyeron a la Patria?

¡Si así fuera, bien habrían de merecer el perdón, la conmisceración, y hasta el aprecio! Pero, sorpréndase el lector cuando con nosotros, al correr por nuestras calles, se tropiece con una de aquellas monstruosidades, amasadas con las tinieblas del árbol del oprobio, alardeando de impecable, y contribuyendo así, a desdorar el brillo de nuestra virtud ciudadana. Oidle, por piedad, oidle:

Habla poseído de un ardor sincero. En él, el olvido ha realizado un milagro. Su personalidad, se ha desdoblado, y casi no es culpable. Un caso curioso!... Si fijais en él, vuestros ojos, os enternecerá, que de los suyos brotan copiosas lágrimas... La frente erguida no teme al sonrojo. El cumplió su deber como todos. ¡Lástima grande que las espadas vengadoras no relucieran al aire, que la suya, desde luego, no hubiera sido de las últimas! Es un interesante sujeto patológico!...

La multitud hace círculo al rededor del interesante personaje. Comienzan por molejarle, después le aplauden, por último le creen. Es que sus labios, para justificar sus pasadas vilezas, están desdorando las obras que la abnegación impuso a los verdaderos patriotas. Es que su conciencia espoliada por el brillo de la verdad, se retuerce como una víbora. Es que el insensato, teme al castigo, y va hoy como ayer, a buscar inconsciente-

mente, en la obscuridad de los antros, el apoyo que la ignorancia y la corrupción han de brindarle.

Allá va, entre el rumor de las turbas, pueblo abajo, despertando la admiración de los incautos. El Pueblo le sigue y proclama. Tal es el ardor con que sabe mover sus pensamientos. Su palabra atronadora destruye toda sospecha. Y cuando el traidor habla de patria y de libertad, la multitud recogida, cree en el patriota, y en su patria.

Y, no habrá una voz inmensa, que haciendo extremecer el espacio, caiga de súbito, para apagar la perfidia de este malvado?

Desgraciadamente, el número de los que emulan a este hombre, constituye la regla. Las excepciones, se cuentan con las manos.

Desgraciadamente, en todos los tiempos, y en todas las sociedades, el triunfo de las mayorías preponderantes, subordi-

na a sus caprichos, los méritos de la minoría ponderadora.

Esa alta misión, esa misión sagrada, primera que todas, estaba confiada al primer gobierno nacional que surgiera después del imperialismo americano. Así lo reclamaba el momento histórico. Así lo reclamaba la civilización de la época. No tratamos de conquistar posiciones para los buenos patriotas, que bien merecidas las tendrían; no venimos a disputarle a nadie la holgura con que la circunstancia los ha favorecido. Solamente, señalamos la justa reparación que debió establecerse para que más tarde, tan lamentables enseñanzas, no sirvieran de puente a nuestras generaciones.

Que no se utilicen los servicios de los patriotas, ingratos a los ojos de los Estados Unidos: está bien!

Que no se premie con verdadero estímulo a los ciudadanos que contribuyeron con sus actos de abnegación y sacrificio

a resolver el obscuro problema de la Intervención: está bien!

Pero, que sin considerar, en las perjudiciales consecuencias que consigo lleva la exaltación de la crápula, se entronicen ciudadanos que no cumplieron con el deber de salvar la soberanía;

Pero, que sin escrúpulo alguno se levanten hombres que tienen impresos en la frente los caracteres del servilismo;

Pero, que sin respeto a nuestros antepasados, burlemos la obligación de mantener inmaculados sus abnegados sacrificios;

Eso, está mal! Eso es imperdonable! Eso es criminal!

Un gobierno que inicia su administración bajo tan lamentables auspicios, está amenazado de muerte! La dictadura, fomentada por el antagonismo de ideales contrarios que se debaten por fuerza natural, tendrá que surgir nuevamente en el País para cubrir de ignominia el territorio

de la República Y, nosotros atribuimos como única causa de tan funesto augurio: la falta de sanción! Pueblo que decapita a sus defensores sobre la plataforma de la prensa o de la tribuna, para llevar al poder a sus verdugos, no puede merecer mayor suerte que la de su desaparición definitiva!

Sinembargo...

XI – LOS SIMULADORES

XI

LOS SIMULADORES

El Engaño, obra por sí solo, maravillas que la Virtud no comprende.—El mérito de las conquistas fáciles, es tan efímero, como imperecederas son las duras adquisiciones del Sacrificio.—Puede un hombre, tomar como instrumento para su bienestar personal, la especulación del dolor de sus hermanos. Pero, si sale bien trecho, ese bienestar se disipará con el tiempo, con la misma facilidad con que fué conquistado.

LA palabra simulación, procede del latín, **simulatio.**

Simulator, es todo aquel ciudadano, que dá a entender lo que no es. Hubiéramos preferido dejar en blanco

esta página antes que abordar el asunto que nos ocupa. Pero como en ello corre la suerte de nuestras buenas costumbres, haremos lo posible por presentarlo con el cuidado que la delicadeza nos impone.

Si criticable y condenable, es el ciudadano que sin respeto alguno a su buen nombre, se dá de cuerpo entero a la vileza por un mendrugo; si digno de piedad y conmisceración es el ciudadano que vendimia con los dolores de la patria; cual no ha de ser la dolorosa situación de aquellos infelices degenerados, que sin mayor grandeza que la de su simulada devoción al ideal, comienzan por engañarse ellos mismos, para luego engañar a los demás? . . .

Esta clase de sujetos, estos interesantes personajes que terciaron de una manera lamentable en el proceso de nuestra pasada servidumbre, no podian dejar de tener su capítulo en este libro.

No podian dejar de tenerlo, por-

que nuestra pluma no podía imponerse la consigna de tolerar esas prácticas fatales que en sus peligrosos designios solo sirvieron para burlar la única esperanza del Pueblo.

Funesto magisterio el de los Simuladores!

Gente desprendida de todo afecto de abnegación, que solo se prestó a defender la causa del Pueblo, cuando éste le llenó la escarcela con el oro que el dolor recogiera en aquella hora de miseria.

Gente astuta, para la cual toda ocasión fácil de ganar un lauro barato, no fué desperdiciada.

Gente impia que para ganar prendas falsas con las cuales más tarde habían de arrebatar las masas, habló de patria, habló de patriotismo, se hizo figurar con inteligencia en determinadas circunstancias, sin que el ardor sublime que es llama de pureza, llevara a su espíritu claro, la luz radiante de los sentimientos más sin-

ceros.

Si le hablais de sacrificios, os pondrá el semblante compunjido. Os dará larga y cómica cátedra de civismo, y luego... os aconsejará seguir el camino de la conservación. ¡Suele la inexperiencia realizar tantas locuras!...

Si la buscais en horas de peligro, nunca habreis de hallarla!... Esa gente miserable que medra con el sentimiento nacional, es peor para la sociedad que aquellos insensatos, que no temieron a la opinión, y afrontaron la complicidad con los Invasores.

Los unos, vendimiaron con el honor de la Patria; los otros, los **simuladores,** los que le hicieron creer al Pueblo que defendían su libertad, esos vendimiaron con el infortunio de nuestras familias.

No respetaron la miseria...

No respetaron el hambre...

Dilapidaron a sus caprichos contribuciones cuya inversión, el Pueblo nunca se

dió a preguntar que resultado alcanzaban.

¡Funesto magisterio el de los Simuladores!...

XII – NECESIDAD DE PARTIDOS

XII

NECESIDAD DE PARTIDOS

¡Triste condición la de un Pueblo que en el ejercicio de la satisfacción de sus necesidades vitales, se debate sin el concurso eficiente de esa fuerza reguladora que mana del seno sagrado donde toman sus doctrinas los Partidos de Principios.

ESTOS, son en el organismo de la sociedad, como las arterias en el cuerpo humano. El hombre puede a despecho del bienestar de los demás absorber amparado en su poderío,

la libertad y el derecho de millares de hombres, que, arrodillados a su alrededor carecen de la noción de su destino. Pero, esa sociedad, donde ese hombre es la única voluntad, no puede ser más que un organismo atrofiado. La verdad científica nos ha probado con la elocuencia majestuosa de los hechos, que esas sociedades se desenvuelven amenazadas por el exterminio. Organismos enfermos, pierden en el estancamiento y la postración, sus mejores energías. En ellos, la vida de la ciudadanía es efecto palpable de una causa centralizadora, donde no hay más ley, que la voluntad del Cacique; donde no hay más conciencia, que el capricho del Patrón; donde no hay más poder, que el brazo del verdugo.

Por suerte, en los días que corren, el morbo de esas dolencias sociales originarias de nuestra remota existencia primitiva, herencia bien delimitada de nuestros sistemas rudimentarios desde los días de

la colonización, van de capa caída. Los pueblos que desde México, hasta las tierras del Fuego, incluso las Antillas, se esfuerzan por romper con el tradicionalismo funesto del mantenimiento de las tribus, han presenciado en el decurso del tiempo, sangrientas convulsiones redentoras que a la vez que han cubierto de miseria y luto todas nuestras sociedades, han servido también de provechosas sangrías para la adquisición de mejores satisfacciones sociales.

Ningún pueblo de América, es mejor exponente de estas grandes luchas evolutivas, como lo es Santo Domingo.

Actualmente, quedan en la inmensa línea del Continente, espigados puntos sombríos... Vagos y tristes recuerdos del Patriarcado.

Sinembargo, en esos mismos pueblos donde todavía no se ha realizado el milagro de la Soberanía, el Poder bambolea como una momia cesárea, sin seguros a-

poyos para el sostenimiento de sus macabras y retrógradas ejecutorias, vacilante bajo el ardor de la piqueta enrojecida por los ideales de la juventud, que forcejea con arrebato olímpico, por alcanzar el gran bien de establecer la igualdad entre todos los ciudadanos.

Los pueblos, que en reparadoras justas sangrientas se debilitan por alcanzar el triunfo de sus justificadas aspiraciones, debieran antes de concurrir a la manigua para vencer al Tirano, dedicarse al cultivo de las generaciones escolares, enseñándoles como cuestión de trascendencia mayúscula, el verdadero concepto de asociación, la necesidad de crear los **partidos de doctrinas.**

Nosotros, los dominicanos, después de cruentas luchas fratricidas, después de dolorosas enseñanzas, después de más de ochenta años de inquietudes y rebeldías, hemos venido a comprender y aceptar esta gran verdad. Tan grande, que, ya no

es fácil empresa embaucar a ningún ciudadano, por ignorante que sea, con falsas y festinadas promesas para el mantenimiento de ningún Cacique.

La importancia y la necesidad de Partidos de Principios es en Santo Domingo una cuestión que no amerita grandes especulaciones mentales. El más insignificante ciudadano, sabe perfectamente, que cuando inscribe su nombre en un Partido cualquiera, él representa dentro del conglomerado al cual va a pertenecer, una porción igual a cualquiera otra. No es miembro de tal o cual Agrupación Doctrinaria para servir sumiso la voluntad de Candidato alguno. Sino que, sencillamente, se ha inscrito, porque sus convicciones, su conciencia soberana, al estudiar la plataforma del Partido, le dictó como único deber de ciudadanía, la libertad de aceptar tal condición.

Así pues, no sería empresa fácil de vencer, la de un advenedizo, que del día a la

noche, obstinado por la visión del Poder pretendiera brutalmente imponerse. Las mayorias dominicanas, espoliadas por el dolor de todas las adversidades, saben converger en una misma aspiración cuando descubren deliberada sed de mando. Y, aquí, entre nosotros, para el triunfo de los Partidos de Doctrina, se ha hecho necesario la prolongada labor de no pocos años, observándose, para garantía del Pueblo, que los Candidatos que triunfan, son aquellos que después de una árdua labor dentro del Partido al cual pertenecen, han merecido la confianza del Pueblo que los ha proclamado Representantes de sus ideales.

Los Candidatos improvisados, feticheS aristócratas, con delineamientos propios para ser buenos actores de teatro; obra de las circunstancias como son, no pueden en el corto tiempo a que se dan para poner en practicas sus desmedidas ambiciones, conquistar de la opinión pública la

bien merecida confianza.

Allá, en la remota obscuridad de nuestros dias de oprobio, no era cosa que pudiera extrañar a nadie, que, hombres sin autoridad moral ninguna asaltaran el Poder y gobernaran sin que la más pequeña protesta limitara tan vergonzoso descaro.

En nuestros dias, no hay ciudadano que al inscribirse en un Partido de Principios, si tiene un Candidato para la Presidencia de la República, no investigue su condición personal, y aún llegue a más, a percatarse de que en su vida privada es un ciudadano ejemplar.

Puede un beodo, ser segura garantia para la vida de un Pueblo?

Será un tahur empedernido, hombre apropiado, para representar la voluntad de las mayorias?

Será un pervertido, pecaminoso, sujeto que deshonra el hogar ajeno, quien puede merecer la confianza de las familias?

Un mal hijo puede acaso poseer los

sentimientos de elevación que amerita el ejercicio de magistratura tan elevada?

Un mal hermano, puede en las sociedades tener autoridad para establecer la armonía y la fraternidad entre los ciudadanos?

Un falso amigo, acaso no sería instrumento apropiado para suscitar las más enconadas discordias?

Un mal patriota, no expondría a cada instante en peligro la libertad de la ciudadanía?

Por fortuna para nuestra vida política los tiempos han cambiado, y por encima de las comodidades y del bienestar momentáneo de una posición transitoria está en pié, rigiendo el ideal de nuestras multitudes, el verdadero concepto de los principios. El Pueblo dominicano se debate ahora mejor que nunca por alcanzar definitivamente el último escalón de sus ansiadas reformas!

!Y ha de alcanzarlo!

XII—EL BRAZO DEL HEROISMO

XII

EL BRAZO DEL HEROISMO

«Ha desafiado la muerte, y se ha reído de ella!»

¿ESE es Maquey?

Sí. El es!...

Allí está. Ya se acerca... Ya lo veo venir. Trae el semblante iluminado por un cárdeno resplandor. A su paso de invencible la Patria sonríe agradecida. Ha desafiado la muerte, y se ha reído de ella!

Imaginaos, sobre una empinada montaña, flotando gloriosa la bandera de un pueblo acostumbrado a la libertad. Vedla ahora, bajo la radiante dulzura del cielo

azul agitarse entre las ondas del aura como una infinita bendición... ¡Es ella! La bandera de los Trinitarios!... La misma que un día en medio al fragor de las batallas sangrientas, envolvió entre sus pliegues inmortales, los laureles para las frentes invictas de los héroes de Beler, Cacimán y El Número!...

Allá está. Sobre un fortín. Solitaria y triste...

Allá, en la legendaria ciudad de Puerto Plata. Desafiando las iras de los infernales cañones del ejército americano. Espesas nubes obscuras profanan el espacio. El repetido y lúgubre rugido de las bestias de acero hacen extremecer la ciudad dormida, y el sol radiante de vida y fecundidad, se eleva como una hostia sagrada hacia lo alto, como si en aquel mismo momento, una mano inmensa, invisible y buena, se levantara en lo infinito, para hacer más inaudita tanta profanación...

La tropa que custodia el fortín se ha replegado. Enfrentarse al enemigo, diez o doce descamisados, en condiciones tan adversas, es darse a la muerte... Es preferi-

ble retirarse... Hay que aumentar el número de la pequeña legión. ¡Veinte hombres más! Pero, antes que la guarnición abandone por completo aquel recinto, las balas enemigas harán nuevos destrozos y sembrarán el terror. Quedará solamente, desafiando muda y serena, la impetuosidad de los Bárbaros, enastada hasta el tope, la bandera nacional! Vedla cómo se agita... Sublime ondulación amenazante la de sus pliegues! Simula en su pausado movimiento, la cola de una pantera encadenada.

Allí permanecerá indiferente a los amagos del enemigo.

¡No habrá una mano que la entregue!

¡No habrá una mano que la venda!

Mas, quién es ese loco, que ahora avanza como un dios iluminado, entre las fauces siniestras del Exterminio? ¡Maquey!

¿Qué pretende ese hombre? Acaso va en busca de la muerte, él solo, a combatir las huestes salvajes de la Conquista?

Al rudo estrépito de la bomba infernal, cruje el asta de la bandera. Las armas enemigas le han destrozado las drizas. Un

nuevo cañonazo, y asta y bandera rodarán hacia el abismo! ¡Sinembargo, quién es ese loco, que ahora, sin respetar el peligro, ha llegado al fortín; se ha trepado sobre el asta, y serenamente, sube, sube... desafiando las iras del Interventor?

¿Qué misterioso poder envuelve la existencia de ese hombre extraordinario que, expuesto a precipitarse por una inmensa pendiente, o a morir destrozado por una metralla, ha desprendido con su mano mil veces bendita, la bandera, del sitio en que se encontraba, y ahora, con ella sobre sus hombros, se vá pueblo arriba gritando frenético de alborozo?

Supremo poder y bendito soldado!...

Maquey, desafiando la muerte frente al Interventor, al descender del fortín con la bandera nacional, cumplió con su deber de patriota, y salvó la dignidad de aquel difícil momento.

¡Bello y glorioso gesto de abnegación el de Maquey!...

XIII—LA FUERZA DEL IDEAL

XIII

LA FUERZA DEL IDEAL

La fuerza del ideal es más poderosa y temible que la fuerza de la Tiranía. El ideal como la luz del sol sale todas las mañanas... Para los estultos, los esbirros, los esclavos, los resplandores del Trono Imperial, no se ponen nunca. El ideal, jamás se obscurece. La Servidumbre muere como nace: en las tinieblas!...

La Libertad, enmudece cuando pasa el ideal.

Pero, si pasa la Servidumbre, sonríe....

EN la gran esfera universal, bajo las claridades de los astros del cielo americano, el Destino había fijado una hora de muerte para el honor de una joven república del Continente.

La Isla de Santo Domingo, tres veces gloriosa: por la intrepidez de sus cobrizas tribus primitivas; por la hidalguía de los nobles centauros que la colonizaron; y por el valor heróico de los legendarios varones que un día, el más grande que azorados han contemplado los siglos, tremolaron bajo la glorificación del cielo la augusta consigna de la libertad, debía de caer, como cayó, herida de muerte por la frígida hoja del más poderoso Empresario, del más temible traficador de pueblos: Woodrow Wilson!

Y un día, la Isla de Santo Domingo, se extremeció de coraje como una pantera babélica entre las ardientes y gigantes lenguas del mar Caribe al sentir sobre su em-

pinada extensión las garras profanadoras de la Conquista.

La voluntad del Destino se había cumplido!

La fuerza del Impostor florecía iniquidades. El número de los Vencedores crecía como en el mar la espuma. Fueron ocupadas unas tras otras, todas nuestras ciudades, aldeas y hasta sabanas! El estrépito de las hórridas máquinas de exterminio, turbó la paz tradicional de nuestras familias indefensas. Los aeroplanos, esas errantes aves de acero, con sus insolentes ruidos, sus macabras crepitaciones, parecían que desde la azul lejanía proferían frases de oprobio. ¡Todo se había consumado! Existía un pueblo vencedor, y un pueblo vencido!

Sinembargo. El Ideal, jamás se obscurece...

Estaba en pié. No había muerto!...

Allí, junto al mismo paraje donde la Barbarie había cavado la tumba de la Pa-

tria; allí sobre las heridas tierras que el deshonor como una blasfemia inaudita abriera impúdico para sepultar el último girón de vergüenza nacional; allí, el Ideal floreció una rosa de esperanza.

No era una rosa sangrienta. Era una rosa solitaria y triste. No era una rosa teñida con la púrpura del holocausto. Era una rosa cuajada con la blancura mística de la piedad y de la resignación... Alta, noble enseñanza para el mundo que más luego debía asombrarse, grandemente, frente al prodigio de un pueblo que hecho para las grandes justas del patriotismo, del día a la noche reflexionaba, media con serenidad desconcertante la gravedad de los acontecimientos, y se imponía—abrazado a la fé de su futuro destino—, las herrumbrosas adenas de su forzosa esclavitud.

Pueblo nacido como una montaña ilimitada para acallar con la majestad de su bravura los torpes empujes, las iras bes-

tiales de Atila, no podía ser cobarde!

Pueblo que encierra en el tabernáculo de su Historia, páginas sangrientas donde el Heroismo ha cabalgado victorioso, y la Epopeya se ha coronado con los laureles de la inmortalidad, no podía ser cobarde!

Pueblo que concurrió decidido a perpetuar en el Cercado la promesa de darse a la muerte antes que doblar la cerviz al yugo ominoso, no podía ser cobarde!

Pueblo que eleva en lo infinito de su conciencia un templo de admiración y respeto a la memoria veneranda de Trinidad Sáchez: es un pueblo heróico.

Pueblo que bautiza con su sangre el mármol impecable sobre el cual la mano del destino imprimió el nombre de la heroína Satitopa: es un pueblo heróico.

Pueblo, que en su abnegación no tuvo tiempo bastante para disputarle a la Tragedia el oceánico arrebato de Máximo Cabral: es un Pueblo heróico.

Nuestras fatales actuaciones políticas,

habían cegado por completo el ardor grandioso de las rebeldías épicas, y triunfaba por encima de la cólera libertadora el afán invencible de conquistar el Poder.

Los hombres directores de la Opinión Pública, en aquella hora de ignominia, a quienes estaba encomendada la misión de afrontar la codicia del Cosaco, porque ellos poseían el privilegio de mover las multitudes a sus caprichos, sean tal vez los únicos responsables de nuestras pasadas claudicaciones...

El Pueblo sinembargo, compacto en su estructura de moral cívica, huraño y despreciativo, irascible y desarmado, obedeció desde el primer momento a la voz de su conciencia inconquistable, y mientras el tacón del Invasor acentuaba sobre nuestro territorio las huellas de su escandaloso predominio, tal como el árbol del martirio fructifica gorificaciones, el Pueblo Dominicano se preparaba resignado a defender sus derechos desde otros campos.

El Ideal batallaba deslumbrador cada vez que al golpe de Atila se desquiciaba nuestra soberanía.

Triunfaba en la conciencia nacional el espíritu de Duarte, y la fé que nunca nos volvió la espalda, impulsó a los unos, y reanimó a los otros, hasta que al fin después de crueles y altas luchas en pos de nuestras libertades, el pensamiento desde la tribuna o la prensa minó todos los ámbitos del mundo causando asombro la iniquidad con que un Pueblo poderoso pretendía engullirse una joven nación americana.

Los Estados Unidos de América después de ocho largos años de oprobios e iniquidades, al fin aguardó un día para reparar la ofensa inaudita, y bajo las claridades de los astros del cielo, el Destino había fijado también otra hora, no de muerte, sino de glorificación, para el honor de la República!...

¡Vencimos al Coloso!...

Con el valor de la dignidad, y con el filo de la pluma!...

A sus enormes máquinas de exterminio, opusimos la fuerte barrera de nuestras ideas civilizadoras; a los empujes bestiales de sus soldados sanguinarios, enfrentamos la hidalguía y nobleza de nuestras costumbres; a su idioma de transacciones mercantilistas, contestamos siempre con palabras de nuestro idioma; a su sed de oro y de embriaguez, opusimos nuestra ambición de gloria y de libertad.

Y el Ideal se impuso.

Para tranquilidad nuestra.

Para que sirviera una vez más, de enseñanza a las demás naciones del Continente!....

XIV—EL GAVILLERO

XIV

EL GAVILLERO...

Esos locos, no son locos, ni incendiarios, ni salteadores. Esos locos que usan armas para defenderse y para salvar el concepto de la dignidad de un Pueblo, son los mejores defensores de la Patria!

¿ADONDE va ese hombre?

Se dispara como un rayo. Salta como un alúd. Vuela como una tempestad vengadora. Donde quiera que afirma su planta se abre un cráter. Su aliento incendia el aire. Su ímpetu hace estremecer los bosques. En

arrebato olímpico, se empina como una montaña, alza la mano en una interrogación irónica, y con su mirada centelleante, escruta a un lado y otro.

Adónde va ese hombre? Ahora, monta en pelo sobre una bestia loca. El hombre y el caballo, en su veloz disparo, esbozan en el espacio una sola línea. Tal es la velocidad con que se tragan el viento!...

Adónde va ese hombre? Adónde va esa pantera babélica? Qué busca, qué persigue entre las vastas llanuras de nuestros campos desolados? Su cabeza es un ascua. Resplandece deslumbradora como una tormenta de fuego. Sus ojos son dos puntos de venganza. Su labio siente sed de sangre sajona. Sus manos se crispan como diez puñales venenosos. Ese hombre relampaguea como una sombra vengadora sobre las murallas de Erix.

Se ha detenido. Ha detenido a un puñado de bravos que le obedecen. Están

en acecho, sobre las tierras de Santa Cruz del Seybo.

Tierras benditas! Tierras inmortales!... Glorioso escenario que recogió el mar de sangre que la ira sublime trocó en rio de venganza; vosotras tierras seybanas, sois sagradas! Grecia, cuenta con Maratón!...

El hombre habla, y el ardor de sus palabras es firme como su resolución, funesta, pero también gloriosa. Morirá bajo el filo de su cuchilla, todo invasor que se ponga a su alcance. No importa el número, no importa la categoria, tenientes o soldados!... Habla bajo la indignación del ultraje; acaba de ser victima de un atropello. Iba a ser muerto como un ganzo. El, y tres compañeros más, habian sido enrolados en un auto, por voluntad de dos Oficiales americanos; salieron del Seybo hacia Macorís, sin ninguna otra explicación, y luego, después de dos horas de camino, al margen de una

sabana, el auto se detuvo, fué puesto en libertad uno de los compañeros, y al correr por la extensión de la pelada sabana, con la frialdad propia del sportman que se ejercita en maniobras de tiros al blanco, uno de los oficiales, al aire la pistola, hizo rodar por suelo al infeliz, con los sesos destrozados.

Detrás de ese, se dió la misma orden macabra al otro. También fué muerto. Mas él, aprovechando un descuido, habia ganado el monte!...

Adónde va ese hombre? Ahora, monta en pelo sobre una bestia loca. El hombre y el caballo, en su veloz disparo, esbozan en el espacio una sola línea. Tal es la velocidad con que se tragan el viento!...

Se ha detenido. Ha detenido a un puñado de bravos que le obedecen...

II.

Los horrores de la guerra, el decapitar

en las batallas sangrientas, la locura vertiginosa de sumar el mayor número de muertos, todas las barbaridades que consigo lleva el sacrificio cuando en el fragor de las batallas glorificadoras se lucha por el triunfo de un ideal, se puede sufrir...

Pero, el asalto a una provincia indefensa en la cual sus pobladores abren todas sus puertas, sin ningún género de resistencia, para imponer la ley del fuego y la piqueta, no lo hacen sino aquellos monstruos de espíritus obscuros, para quienes la gloria no es más que una mueca y la inmortalidad una ignominia.

Las matanzas para divertir, los saqueos innecesarios, la profanación de las vírgenes, el incendio de las aldeas, la destrucción de los templos cuando ellos se realizan sin otro objeto que el de sembrar el horror entre gente desarmada y sencilla, no se debe perdonar.

Bendita es la venganza!...

Bendita es la justicia!

Ahi, a la sombra del árbol amigo, adentrando en la lejania el acecho, están los centauros. De improviso, allá muy lejos, comienza a levantarse una enorme polvareda. Corre vertiginosamente, se precipita, se adelanta, y luego del fondo de esa inmensa nube de tierra salta a la claridad del sol un carruaje imperialista. Una voz cruza certera como un relámpago deslumbrador por el ámbito y al grito imponente del **Gavillero,** el carruaje es detenido. Los oficiales caen bajo el furor del espíritu que tiene sed de sangre... La pupila del gavillero, se ha encendido en un rojo incendio de locura, sus dientes crujen de ironia, ha resuelto matar. Pero, no ha de matar bruscamente. Estudia con frialdad la forma de aplicar el castigo. Y....

¡Benditas las manos que cayeron implacables y feroces sobre Caligula, Caracalla y Eliogábalo!...

Bendito el puñal que se empapó con la

sangre del César!...

Bendita locura que hincha de fiebre el espíritu y entusiasma el corazón abatido por el infortunio cuando al dar la muerte obra el milagro de la justicia!...

¡Muera mil veces el sportman cazador de hombres!...

¡Que lo cuelguen! Que lo acribillen! Que lo destajen!... Bien merece la muerte...

XV – LA TRAGEDIA DE DOS RIOS

XV.

LA TRAGEDIA DE DOS RIOS

La hospitalidad del Pueblo Dominicano, es una virtud que desde los tiempos remotos de la Conquista española, nos ha merecido buena fama. El dominicano, por ley de su propia naturaleza, es hombre poco rencoroso, altivo y noble.

Si fuéramos a relatar en esta obra cuantos hechos criminales realizaron en nuestro indefenso País, los marinos de las fuerzas interventoras americanas, el número de páginas que la pluma tocada por el coraje y la indigna-

ción, tendría que escribir, sería interminable...

Posible será, que, cuantos hijos de América detengan sobre estas páginas sinceras sus ojos, puedan dudar de la veracidad de los acontecimientos horrorosos que ya llevamos relatados. Son tan diabólicos, que bien pudieran tomarse por inciertos!

Hoy, vamos a dar turno a un nuevo episodio. Escena salvaje propia de aquellas épocas de obscurantismo e ignorancia, de los primeros días de la humanidad. Una perfecta hazaña africana...

* * *

La hospitalidad del Pueblo Dominicano, es una virtud que desde los tiempos remotos de la Conquista española, nos ha merecido buena fama. El dominicano, por ley de su propia naturaleza, es hom-

bre poco rencoroso, altivo y noble.

Sinembargo, y es justicia que aquí lo consignemos, esa manifiesta y habitual mansedumbre; esa devoción al bien y la virtud cristiana, se acentúa más aún, entre nuestra gente sencilla de sierras adentro. Nuestros campesinos, son ingenuamente abnegados, en la hospitalidad. La República Dominicana, es en el continente, una de las más hospitalarias.

El campesino dominicano, discreto e inteligente, conocedor de su inferioridad intelectual y entregado por lo regular al cultivo de su **conuco**, es timorato y algo cimarrón... Casi siempre esquiva encontrarse aun con aquellas mismas personas, de las cuales pudiera recibir protección. ¡Gente inofensiva y mansa!

* * *

La célebre **concentración** de todas las

poblaciones del Este, en la ciudad de Santa Cruz del Seybo, en un plazo breve, por disposición del Jefe Militar de San Pedro de Macorís, causó en todas las poblaciones de la provincia del Seybo, a que ya hemos hecho referencia, los más desastrosos e indescriptibles estragos.

¡Muchas fueron las familias que de todas las pequeñas poblaciones, corrieron amedrentadas hacia la ciudad del Seybo en busca de seguridad personal!

¡Muchas fueron las otras que por vivir demasiado distante del Seybo, cayeron bajo la fatídica sentencia de morir abrasados por los gases asfixiantes, y destrozados por las bombas mortíferas!

Tales horrores, tales salvajes acontecimientos, como era natural, entre gente sencilla y buena, sembró el espanto, la desolación, el justificado pánico.

No podía muy fácil el tiempo, borrar las huellas de aquellos sucesos en el espíritu de quienes habían sufrido semejantes

atropellos; y el temor, aunque ya no tan extremo, como en aquellos días, siempre fué la triste sombra que acompañó como un fantasma, a nuestros inocentes campesinos. De tal suerte, que siempre, cuando en el cultivo de sus **conucos** descubrían a larga distancia la proximidad de los aviones americanos, máquinas de exterminio y muerte, corrían presurosos a buscar seguridad en húmedos pozos, o profundas cuevas subterráneas.

El horror y el odio, se hicieron sentir por todas partes!...

* * *

Un día....

Una mañana de diciembre, en una población del Este, en la cercanía de **Dos Ríos**, el destino escribió con sangre, en la paz de una tranquila choza, una de las

más crueles y espeluznantes páginas de la invasión militar...

Padre e hijo, desde que rompió el sol, sobre las tierras húmedas del **conuco** se habían entregado a la habitual tarea...

Allí, en el ángulo del **rancho,** estaban en abandono el machete y la azada, del hijo que la tragedia en otra mañana imborrable, se llevó. Reliquias sagradas que el cariño paternal con orgullo conservaba. Y, sinembargo, que lejos estaban ellos, de saber la suerte que les aguardaba...

De pronto, rompiendo la espesura, han descubierto el ruido de extraños corceles que se aproximan... Luego, exóticos acentos de un idioma ingrato. Después... la denunciadora polvareda...

Había que evitar el encuentro. Lo mejor, era dejarlos pasar en paz. Ocultarse, para no ser vistos... Esconderse, para no despertar la más pequeña sospecha... Y, así lo hicieron...

Los gendarmes, que al punto descubrie-

ron a los inocentes en fuga, pusieron en galope sus bestias salvajes, les alcanzaron! Les detuvieron. Les interrogaron...

¡Inútil fué que hicieran múltiples e inocentes explicaciones!

Les ataron por las manos; les maltrataron brutalmente; y luego, como a dos reos, les echaron a caminar por delante de la siniestra comitiva.

¿Qué importaba que la madre y la esposa quedasen abandonadas en aquel recinto, sin la compañía de un solo pariente! Allí, la infeliz anciana, sufriría sed y hambre, hasta que al fin apareciera alguna persona amiga...

Más tarde, media hora de camino, al llegar a un riachuelo que remata una pequeña cuesta, acosado por la sed, uno de los infelices ajusticiados, alcanzó a descubrir sobre la arena de la playa, un pedazo de **túbano**, que parece haber dejado allí en abandono, la indolencia de alguna lavandera lugareña. El hijo, solícito para

ofrecerlo al padre, se inclinó a recogerlo, y dos rápidas detonaciones, pusieron fin a la existencia de estos dos agricultores del país.

* * *

Nos refiere el intérprete, que presenció personalmente, ese desenlace, y a quien debemos la exposición de este relato, que aquella noche, al regresar a su casa de San Pedro de Macoris, no pudo conciliar el sueño un solo instante. La evocación de aquella trajedia sangrienta, le había torturado el cerebro y destrozado el corazón!...

Matar dos hombres, así, por gusto, sanos e inocentes!

II—TRAS LA ERMITA

TRAS LA ERMITA...

II.

También el Destino había reservado una hora de horror y de martirio, a los pacíficos pobladores de Salvaleón de Higüey.

LAS guarniciones militares americanas, habían ocupado la ciudad. Y, cuanto campesino **sospechoso** encontraban, seguido, lo sujetaban a crueles torturas, rematándoles luego, con el filo de las bayonetas.

El pueblo higüeyano, es testigo de este nuevo episodio sangriento, de este horroroso asesinato. ¿La víctima? No podemos

recordar su nombre; pero, los detalles que determinaron su trágico fin, con toda exactitud, los conservamos.

* * *

Serían las seis y media de la mañana. Hora en que por lo regular, acostumbrábamos a tomar un baño, en el río próximo a la Ermita de Nuestra Señora de la Altagracia.

Apenas abandonamos el portal de la casa en donde entonces residenciábamos, cuando alcanzamos a distinguir frente al parquecito que rodea la Iglesia, tres personas: un marino americano, un mozo mulato, bien vestido, con más apariencia de santomero, que de puertorriqueño; y, un hombre de color obscuro, en camisilla, pantalones blancos, medias moradas y calzando zoletas.

Este último, iba delante de los otros dos, llevando en la mano derecha una cubeta metálica. Al verles, pensamos, que conducían al prisionero, en busca de agua,

hacia el río...

Cuando llegaron al pozo, que se encuentra al sur del templo sagrado, bajo cuyas cúpulas tantos milagros ha realizado la virgen, se detuvieron un breve instante; el prisionero, prendió un tabaco con el cigarro encendido del gendarme.

Ya detrás del templo, más cerca del río, que de la población, próximo a llegar a una pequeña cuestecita, que conduce al río aludido, con la frialdad felina, con la más sorprendente serenidad, el gendarme ha hecho uso de la pistola y ha disparado! La víctima no ha caído todavía... El mulato santomero, ríe a mandíbulas batientes, como si hubieran cazado a un mono... El infeliz prisionero, recibe otro balazo en el corazón... Y, luego en el suelo, en los estertores de la muerte, dos tiros más en la boca... ¡Lo han matado, como se mata a un perro con hidrófobia!

* * *

Nosotros queremos silenciar expresamente, la indignación que sentimos entonces. Cuando regresamos a la población, horrorizados, ante un crímen de tal magnitud, supimos que el prisionero victimado, había recibido hacía mes y medio, en una refriega, un balazo en un pulmón. Un cirujano de la localidad, a fuerza de abnegada consagración, lo había salvado!

Sinembargo, los esfuerzos de la ciencia, se vieron burlados; y la mano del crímen pudo más, que la misericordia de Dios.

El cadáver del infeliz, permaneció adonado en aquel sitio, siendo pasto de las moscas, por espacio de dos o tres horas. Hasta que al fin, la caridad pública, corrió a darle cristiana sepultura...

Ese episodio, de oprobio y de vergüenza, no puede el pueblo higüeyano, darlo al olvido!...

XVI—LOS PIRATAS DEL NORTE

XVI

LOS PIRATAS DEL NORTE

Sobre la tumba de Bolívar, la bandera de las barras!

Sobre la libertad de América, la garra férrea de la Conquista!

LOS Estados Unidos de América, en su grotesca deformidad material, en su incomparable desarrollo de potencias físicas, en su civilización muscular y atlética, se nos ocurre, como un pueblo formado sobre un millón de montañas, con miles de millones de

hombres, con millones de millones de pesos, con millares de millares de unidades navales, con miles de millares de industrias, con millares de millones de millones...

Es un pueblo colosal!...

Es un pueblo fuerte!

Los Estados Unidos de América, con su célebre doctrina de Monroe, con sus principios de organización política, con su armónica estructura constitucionalista, es indudablemente, uno de los pueblos más respetables del Continente Occidental.

Nuestra proximidad al Coloso, nos expone a ser víctimas de su rapiña, como primicias de un sueño dorado...

Nuestros pueblos, las seis repúblicas centrales y las Antillas en su lento desarrollo orgánico, con su débiles pero fecundas preparaciones políticas, con todas sus tiranías, con todas sus luchas redentoras, se nos ocurren como el corazón del mundo. El espíritu de grandeza, el afán de renova-

ción, la fatiga tras el Ideal de que están tocados todos nuestros pueblos, es el latido de una nueva civilización más en armonía con la naturaleza humana.

Pueblo conquistador y centralista, el Imperio Yanqui, traicionando la visión gloriosa de aquel privilegiado soñador que se llamó Jorge Washington, interpretando a la medida de sus convicciones mercantilistas el alto y humanitario sentido de la doctrina de Jaime Monroe, se debate en su formidable civilización por desarrollar por estas vertientes una política de expansionismo tan injustificable, que bien le hace merecer el calificativo con que hemos creído justiciero encabezar estas líneas.

América, para los americanos, dicen ellos... Pero nosotros agregamos: para los americanos, de los Estados Unidos!

Este capítulo escrito expresamente con el marcado propósito de advertir a nuestros hermanos del continente la peligro-

sa amenaza que se ha cernido y que ha de cernirse por mucho tiempo sobre la vida de nuestras pequeñas nacionalidades, no será lo bastante elocuente y extenso que en él podamos dejar señalado de una manera clara y precisa, la trascendencia del perjuicio que puede ocasionar la relación con un Coloso, cuya única sabiduria es la de estrangular los pueblos vecinos con su relación comercial y con su predominio salvaje.

Los pueblos que en hora siniestra se han doblado al golpe de la Conquista, los que hemos tenido el infortunio de caer bajo el golpe rudo de la piqueta demoledora del Invasor, que invade pueblos débiles, para destruirlos; los que sorprendidos por la perfidia del jaguar hemos aprendido en obligado aprendizaje, la siniestra experiencia de una esclavitud ominosa, los que arrollados por el empuje de la fuerza bruta hemos perdido aunque por breve tiempo la dulce gloria de nuestra soberanía;

alzamos nuestra voz sobre la voz inmensa de los mares, para deciros, cuán dura es la emoción que experimenta el alma al contemplar victoriosa sobre la tumba de los titanes que nos enseñaron a ser libres, una bandera extraña! ¡Qué profanación más ignominiosa!

Sobre la tumba de Bolívar, la bandera de las barras!

Sobre la libertad de América, la garra férrea de la Conquista!

II.

Aquellos gallardos predicadores de la doctrina latino-americana, aquellos sembradores de ideales que recorrieron las vertientes de nuestras vastas dimensiones territoriales, aquellos Ugartes y Chocanos, que con el ardor de la palabra profética en romerías de amor y confraternidad llegaron un día de ventura a nuestras playas para advertirnos el peligro sajón y la ne-

cesidad de establecer una sincera relación fraterna entre todas las nacionalidades del habla español, omitieron en sus interesantes peregrinaciones la exposición de los sucesos salvajes con que los Estados Unidos de América confirmaría su política. Nos previnieron del peligro. Nos trazaron la senda para que evitáramos el zarpaso. Pero, desgraciadamente, no nos podían decir, porque eso era inconcebible, el cúmulo de horrores con que estos modernos civilizadores nos asaltarían.

El expansionismo yanqui, lejos de cerrar la pretensión de su amplitud, cada día más se hace temer y sospechar. El militarismo yanqui en América es fiel reflejo del militarismo teutón. Con la diferencia de que aquel ejército disciplinado declara la guerra a naciones tan poderosas como ella. En tanto que los Estados Unidos solo se dedican a sorprender y estuprar a las naciones débiles.

Nuestra relación con esa gente fría, nos

expondrá a perder nuestra libertad, ya que ella, en su codicia de grandeza, en su ambición salvaje de conquista, apagará siempre el esplendor que incendia el respeto a las instituciones, y al derecho.

Cuando necesitan tierras, las cogen. Disponen de ellas como si les perteneciera. Militarmente, bárbaramente, brutalmente...

Y mientras en una isla pequeña como la nuestra, interrumpen toda clase de relación con los demás paises, dándose por una parte a cercenar cabezas y a destajar cristianos, por la otra lanzan al mundo falsas noticias, asegurando que su dominio es momentáneo, que ellos los más altos y desinteresados Emisarios de la Fraternidad, han intervenido como **mediadores** para poner cese a los disturbios politicos de nuestras rebeldes nacionalidades.

Politica bilateral y pérfida lejos de servirnos como una esperanza a la sombra de la cual pudieran desarrollarse nuestras

actividades debemos ver siempre en ese Pulpo montañesco el propósito bien definido de estrangularnos y absorbernos.

El imperialismo yanqui, bárbaro y cruel, ya no será para los pueblos latinos americanos una teoría por conocer, sino una táctica militar bien delimitada que en sus fatales consecuencias, destruye la moral de nuestras sociedades, y prostituye nuestras sanas y puras costumbres.

El imperialismo yanqui, cada vez más disimulado, ya no tendrá nada que esconder, que aleccionados todos nuestros pueblos por sus conocidas ejecutorias, ya no ha de mover a engaño.

I

H. S. KNAPP.

Aparece H. S. Knapp, sobre la borda del crucero **Olympia**, en el "Placer de los Estudios", para anunciar, como un monstruo agorero al Pueblo Dominicano, la pérdida de su soberanía. Y, sin más razón que las fuerzas de sus cañones, y sin más derecho, que la insolencia de sus soldados, ordena el desembarco de sus tropas.

Amurallado el ejército conquistador en las erizadas crestas de Cambelén, Knapp desde el **Olympia**, con la tranquilidad con que se realiza una jugada de poker o se apura una copa de whisky, ordena la de-

capitación de un pueblo libre.

Allá viene la soldadesca ebria de lujuria y poderío; avanza dividida en numerosos pelotones. Han asaltado las afueras de la ciudad. Embujan sus máquinas de exterminio... Pausadamente, lentamente, expresamente. Se cierne sobre el azul de nuestro cielo tropical la bandada siniestra de sus cuervos de acero.

Ya tienen la ciudad completamente dominada.

Han ocupado las mejores posiciones. Azoteas de nuestros edificios públicos, muchas de nuestras casas de familia... Se ha puesto en vigor la ley marcial. Dominicano que osado, cruce las calles después de las seis de la tarde, será hombre muerto!...

Sanguinario y brutal, el contralmirante Knapp, en los delirios de su estúpida embriaguez, concebirá planes que cumplirán a cabalidad sus gendarmes. Ahora, correrán deseosos de poner en juego

sus adelantadas prácticas militares, a la vecina población de Villa Duarte, y allí sin pérdida de tiempo, se lanzarán sobre el general Ramón Batista, y lo pasarán más de diez veces por el filo de las bayonetas.

Sinembargo, la tropa americana, aprenderá una buena lección.

Tres amigos de Batista, destajarán cabezas rubias, como se quiebran las espigas al soplo del vendaval...

Después, una noche cualquiera, una pandilla de foragidos se lanzará a todo galope por las calles de la ciudad, ginetes de la Muerte en pesquiza de víctimas—, y al terminar una calle del vecindario de la Plaza Independencia, en el Polo Norte, lanzarán al aire algunos disparos, despertarán el terror que desean imponer, y luego, para completar su obra, le abrirán de un solo bayonetazo el estómago al anciano Cuevas, matarán al niño Martínez de un pistoletazo, y harán rodar por suelo

dos o tres hombres más...

Desde la borda del crucero **Olympia,** dictará el nuevo Lucio Sergio, sus famosas **Ordenes Ejecutivas,** y desde ese momento, la legislación dominicana será modificada de acuerdo con las conveniencias del imperialismo yanqui. La Constitución Nacional, será un mito! El Código Civil, el Código Penal, y los demás códigos de nuestra vida jurídica, sufrirán lamentables profanaciones. La sociedad sin seguros cimientos bamboleará amenazada de muerte en su conciencia. Y, el Dios de la Tinieblas, Luzbel vencedor, proclamará su dominio...

Vendrá después la célebre Concentración de todas las poblaciones del Este. Se iniciarán las hogueras. Sucumbirán los niños, las mujeres, los ancianos... En el Seybo, ciudad escogida para el cumplimiento de la Concentración, el número crecido de personas pertenecientes a poblaciones diversas, determinará el desa-

rrollo de una terrible epidemia. Morirán los enfermos bajo el filo de la cuchilla... Este sistema bárbaro de conquista, obra de un hombre desposeído de sentimiento religioso y humanitario, pone de manifiesto el alto concepto que tiene la gendarmería americana, de lo que es la libertad para un pueblo!...

Ese Knapp, diabólico, cuyas cenizas se tragó el infierno, se empinará sobre los horrores de la intervención militar, como una montaña de ignominia. ¡Paz a sus restos!...

II.

THOMAS SNOWDEN.

Aparece Thomas Snowden, bajo la tristeza del cielo dominicano, en el segundo periodo de la Intervención Militar...

Aparece y se adelanta con paso firme y discreto.

No lo anunciarán los cañones de la Conquista...

Vendrá como Cincinato, a predicar con el arado.

Pero, este Cincinato sajón, no será como aquel célebre romano, a quien los litores, al llevarle las insignias de su dignidad lo encontraron en su campo, cerca del Tiber, cultivando un pedazo de sus pro-

pias tierras...

Este moderno y alucinado Cincinato, hijo de las pampas nórdicas, ocupará el mismo puesto de su antecesor. Vendrá como H. S. Knapp, a explotar nuestras tierras...

"Emulo de Ulises Espaillat", el más alto y noble valor de civismo que registra el Pueblo Dominicano en su historia, Thomas Snowden, divertido y alucinado, desde una tribuna, junto al río Haina, tendrá la audacia inconmensurable, de sentenciar a la sociedad dominicana, al humillante dictámen de su voluntad. Y, dirá a todos los vientos la incapacidad de esta para gobernarse, prometiendo el goce de su eclipsada soberanía, para cuando los niños que estaban en los bancos de las escuelas supieran dirigir los destinos de la República".

Simulador y pérfido, hará más aguda aún su ironía...

Hará publicar en todo el País resonan-

tes Proclamas, promesas que nunca se cumplirán; provocando al mismo tiempo, con el descaro más inaudito, la persecución y el encarcelamiento de periodistas.

A su amparo, se organizarán los tribunales prebostales.

Los Verdugos actuarán como Jueces. Y en vez de regirse por la justicia que inspira la ley, la deliberación previa, y la sentencia hábilmente preparada, serán su única norma. Condenarán al inocente. Libertarán al traidor...

Ese Thomas Snowden, engalonado tenientón de la gendarmeria norteamericana, dos varas de hombre, canoso y frío, con el semblante propio de una pantera idiotizada; ese hombre desposeído de todo respeto a los principios y a las instituciones, quedará en la historia de la Intervención Militar, imborrable, como la mueca siniestra de un zorro.

Así, sin delineamientos que lo hagan perdurar por su crueldad, o por su tibieza.

Amorfo y complejo, tuvo la duplicidad de la paloma, y el tigre.

Así... quedará...

Ahora, en la quietud de su casa solariega, en las frías praderas americanas, al invocar toda la impiedad de su poderío, todo el fúnebre cortejo de sus actuaciones de conquista, quién sabe si ha de pensar arrepentido, en todo el mal que su simulada devoción a la libertad, nos causara. Tal vez, si imbecilizado, por el dolor y el arrepentimiento, muera en inconsciente contemplación, de tedio o de locura.

Y, sus ojos desorbitados, por el horror de tanta perfidia, vean aparecer como un fantasma implacable, el alma crucificada de la patria. Tal vez, el recuerdo de nuestra cruel, e ignominiosa esclavitud, sea para desdicha de él, la última idea que cruce por su cerebro tenebroso...

Y, morirá tranquilo...

III.

S. S. ROBISON.

Este S. S. Robison, un perfecto lobo marino, de aguas profundas y saladas; un pirata por el porte, hosco y huraño; un William Walker moderno; cerró el ciclo siniestro de personajes que investidos con las insignias de **Contralmirantes**, sojuzgaron la soberanía del pueblo dominicano, durante el cruento periodo de la conquista...

Menos sanguinario que Knapp, menos simulador que Snowden, este agrio y tosco Robison, se perfiló dentro de una política conciliadora, cuyas consecuencias determinaron la retirada del ejército in-

vasor.

Durante su predominio, fueron las nuevas emboscadas...

Fueron las nuevas prácticas establecidas con el propósito de transformar la bárbara actuación de sus antecesores.

Había sonado la hora en que debíamos de ser liberados del fuego implacable de Atila. Pero, no alcanzaríamos las prerrogativas de nuestra libertad absoluta.

Al imperio de la piqueta, sucedería el vasallaje del dollar; el pueblo dominicano sometido a una nueva servidumbre, si menos sangrienta más peligrosa, entraría con los ojos cerrados a trillar por una senda que más tarde habría de sangrar sus pies.

Robison, ha logrado el fin que perseguía....

El Plan Hughes, una ficha bien lanzada, será impuesto al pueblo dominicano que deseoso por deshacerse del látigo y la cadena, aceptará dentro de su vergonzosa esclavitud, otra forma de vasallaje.

Sinembargo... El mundo celebrará alborozado la restauración de la República Dominicana. Y, mientras esto suceda, los Estados Unidos de América, el Tio Sam, con un palillo entre los dientes, mirando para el Pacífico, como un Judío de feria, sonreirá satisfecho de su obra de vendimia....

XVII—LA ZARPA DEL JAGUAR

XVII

LA ZARPA DEL JAGUAR.

Vencido el fuerte, desarmado el poderoso, buscó en el acecho la mejor forma de lanzar el felino zarpazo!...

ALLA, en los siniestros días de la Intervención Militar, hubo un hombre, pasmo y terror de los soldados del Norte, que no dió tregua a la muerte. Ese hombre de extraordinaria texitura parecía creado para las grandes batallas de la libertad.

Vicente Evangelista, no era persona de cultura recomendable. Sinembargo,

su presentaje, su espontánea manera de hacerse perdurar, imponia al punto que se le trataba una irresistible simpatia.

Este hombre singular, tuvo la fortuna de juntarse en el campo de la guerra con numerosos compatriotas a quienes la piqueta de la Conquista arrebató bajo el filo de su tajante cuchilla, el honor de muchas vírgenes, la vida de muchos padres, el afecto de muchos amigos...

Guerrero que conocia a perfección el medio en que ejercitaba su elástica figura, este hombre maravilloso poseia el sortilegio de multiplicarse y la de multiplicar su tropa. Le salia al encuentro al enemigo a todas horas, y por todas partes, matando e incendiando sin que el ejército americano pudiera mermarlo ni vencerlo. Al solo nombre de este guerrillero invencible huían espantadas las huestes yanquis. Vicente Evangelista, era el terror de los americanos... ¡Un Pancho Villa dominicano!...

Vencido el fuerte, desarmado el poderoso, buscó en el acecho la mejor forma de lanzar el felino zarpazo!...

Se puso en práctica otro sistema de conquista, más lento, más simulado, más cruel y pérfido.

Sargentos de la gendarmería norteamericana, iniciaron repetidas veces, algunas entrevistas con el gavillero invencible. Actuaban aquellos como investidos con poderes del Gobierno Militar. Prometían a nombre de él. Y, aunque en dichas entrevistas nunca se llegó a ningún acuerdo, hubo desde el primer instante, la esperanza de que más tarde sería fácil misión la de conquistar o capturar a Vicente Evangelista...

Y así, fué... Con la promesa de que sería nombrado Gobernador de la Provincia de San Pedro de Macorís, y de que sus soldados quedarían garantizados por la ley, insurrectos y Delegados Especiales del Ejército Americano, celebraron en el

campamento del Guerrillero la suspensión de las hostilidades. No era posible que después de aquella cordial entrevista en que quedaba comprometido el honor de ambas partes, la traición mostrara implacable su garra felona.

Vedlo ahora, alegre y satisfecho en pleno corazón de la ciudad de San Pedro de Macorís proclamado y vitoreado por la multitud que agradecida le ovaciona y respeta. Ahí viene trepado sobre brioso corcel el centauro indomable que ha hecho morder el polvo a más de dos mil yanquis en vergonzosa derrota! Ahí viene el hombre hijo del bosque que con su brazo robusto ha causado sonrojo a la Conquista y ha pateado el poderío de Atila. Lleva contado en la muerte más de doscientos soldados rubios... Gloria para el Vencedor que humilla al fuerte, con ser débil e invencible! Gloria para este hijo de nuestras sierras tropicales, porque con el ardor de su bravura ha sabido probar al

mundo nuestro viejo honor legendario...

Bajo el ruido atronador de una inmensa nube de aplausos, Vicente Evangelista ha llegado al Cuartel Americano. Con el sombrero en una mano, saluda al pueblo. Inmediatamente, acompañado de su padre y un cuñado, vuela por encima de la escalera, solícito a cumplir su palabra comprometida. Está ya frente a frente del Mayor Davis. Este, al verle, tranquilamente, enciende un cigarro, cruza las piernas, y dando la espalda con marcada intención al aguerrido y temible visitante, le hace interrogar del siguiente modo:

—Diga si Ud. se llama Vicente Evangelista?

Sonreido, con la sonrisa del hombre que confía en el cumplimiento de la palabra, sin advertir la suerte que le aguarda, ha respondido friamente:

—Sí, señor; yo soy Vicente Evangelista.

Ahora, con la rapidez con que el ja-

guar suele apresar sus víctimas, enérgico y resuelto, el Mayor Davis, refiriéndose al intérprete agrega:

—Dígale que entregue sus armas.

Evangelista sorprendido frente a imposición tan inesperada, ojea como un relámpago la techumbre y las puertas de la salida, y comprende que es un hombre perdido. Inmediatamente se lleva las manos a la cintura y al entregar sus armas, dos revólveres y un cuchillo, ha pronunciado estas palabras: si hay un culpable, yo soy el único!

Ya le han puesto las cadenas. Lo han cargado de esposas. Bajará por la misma escalera donde ha poco subía aclamado por la multitud, para servir ahora de juguete de los esbirros. Pero antes de mudar diez pasos, antes de levantar diez veces sus cadenas, el Gavillero invencible escupirá el rostro del pérfido Conquistador. Ha pronunciado un nombre: Lacrepó!... le ha llamado, le ha entregado

un papel que oculto llevaba en su pecho, y le ha dicho: entréguele ese papel al Mayor Davis". El papel ese, era el nombramiento que el mismo Davis había firmado, y por el cual Vicente Evangelista había hecho su presentación, y la de sus soldados!

Son las doce de la noche.

Han sacado de su prisión a un hombre cargado de cadenas.

Lo ha puesto frente al mar...

Lo han dejado solo en medio de la profunda obscuridad.

Del fondo del océano, se levantan en intermitencias rápidas, fulguraciones infernales.

La sombra de ese hombre, parece el alma de la noche.

Está de espalda. La brisa le acaricia la frente.

De improviso, rayando la obscuridad del ambiente, surge la mueca enrojecida de una descarga. Un grito que hiere el

corazón del viento, un hombre que vacila para caer, pero que para siempre se derrumba!

Al otro día, el sol que vió galopar muchas veces por nuestras campiñas ubérrimas al robusto gañán, calentará el cuerpo inanimado del gavillero sobre una tabla húmeda. Al medio día, cuando toda la sociedad de San Pedro de Macorís descanse recogida en sus hogares, como un perro en una carreta cualquiera, será conducido al lugar donde duermen los justos...

Y, toda la prensa del país reproducirá el telefonema que desde la ciudad de San Pedro de Macoris dirigirá el Mayor Davis al Contralmirante Knapp: "El gavillero Evangelista, al fugarse recibió la muerte."

Y, al otro día, el médico legista certificará que la víctima recibió las heridas por la espalda.

Y, todo ocurrirá tan naturalmente...

XVIII—LA SONRISA DEL AGUILA

XIX

LA SONRISA DEL AGUILA

Pirro, en su lecho de muerte, con una mirada fría y penetrante, desarma la mano que iba a cortarle la cabeza. ¡Sublime fuerza irresistible con que saben los espíritus extraordinarios burlar las embestidas de la Barbarie.

NOSOTROS conocimos al General Fidel Ferrer, bajo el fragor de la batalla. En Salvaleón de Higüey. Un día sangriento... Cuando, inclinado para recoger a uno de sus soldados heridos, con la otra mano

agitaba como una lengua de fuego su espada flamígera.

Así... arrojado paladín acostumbrado a no ceder un solo palmo al enemigo, se lanzó siempre como un león llanero a la manigua, para sostener y confirmar con sus hechos la honradez de sus prédicas, el estandarte de sus ideales, desafiando la muerte, para derrocar con sus empujes bélicos las falsas arrogancias de nuestras entronizadas tiranías. Así lo recordamos en aquella mañana inolvidable...

Al verle, salpicado de sangre, rota la charretera, erguido y majestuoso, empinado sobre su caballo, dirigiendo el combate y animando su tropa, sereno el semblante, firme la voz, hubimos de pensar en sus fáciles disposiciones para el ejército, en sus extraordinarios arrestos militares.

Sinembargo, este hombre estaba muy lejos de ser igual a muchos otros generales de su época. Fidel Ferrer no era solamente un varón forjado para esgrimir

el sable, que unía a esa divina virtud el gran tesoro de poseer una meritoria preparación intelectual. Su bravura no era instintiva. El conocía perfectamente el valor de su vida y sabía lo que representaba exponerle cada vez que arrojado guardián de las libertades públicas, le salía al encuentro a la muerte!

Bachiller en Ciencias y Letras, muy joven había ejercido el magisterio en el colegio San Sebastián de la Vega, como también en muchos otros Colegios de la República. Durante su penosa misión supo captarse la simpatía de alumnos y profesores, confirmando así sus condiciones de hombre acucioso y paciente. Durante esa época publicó un tomo interesante de Historia Patria, el cual se conserva en muchas bibliotecas del País. Su labor en el periódico fué abundante y jugosa. Siempre rebelde.

Más tarde, acosado por las circunstancias, y obedeciendo a la voz de sus con-

vicciones, frente a los tristes acontecimientos que envolvían al País, corrió al campo de la guerra para ensayar sus nobles impulsos de patriota, llegando a desempeñar la Gobernación de Samaná y la de Azua de Compostela.

La Intervención americana lo ha sorprendido con el arado en las manos, sobre una estrecha faja de tierra. Allá por las ubérrimas regiones del Este. Ahora apartado de la politica y dedicado a la agricultura...

Invitado por el Mayor Henri C. Davis, para perseguir y combatir a los gavilleros insurrectos, vemos aparecer al General Ferrer al lado del Gobierno Militar en una posición molesta, enojosa, casi vergonzosa...

Pero, cómo podía aceptar sin reservas el espíritu que un hombre del temperamento de este Fidel Ferrer, amante de la libertad y los principios se trocara en azote de sus hermanos? Pero, cómo podia

realizarse el milagro de una traición tan inaudita, cuando quien la realizaba era un compatriota de los más abnegados? Pero, cómo justificar locura mayor que esa locura, si quien lo cometía era un esforzado campeador de nuestras justas cívicas?

Eso no podía resultar....

Eso no resultó...

Y, así fué....

Alguien, Judas Iscariote, ha llegado junto al Mayor Davis, jefe militar de las fuerzas interventoras en San Pedro de Macorís, y le ha dicho en voz baja, que el General Fidel Ferrer es un traidor... Le ha referido, como arma a los gavilleros, los raciona y les dá sus instrucciones... La Historia podrá juzgarle como quiera. Pero si delincuente es el hombre que al traicionar al Verdugo salva la dignidad de su patria: glorioso delincuente y sublime traición!... Bolivar en circunstancias muy diferentes, hace pasar por las armas a uno de sus más aguerridos generales.

Piar, el fomentador del Congreso de Cariaco, se derrumba como una montaña bajo el fuego de la guarnición que lo ejecuta. Y con él, sucumbe la Anarquia..... Fidel Ferrer, armando a los insurrectos, traicionando al Interventor, quién sabe si preparaba los medios para luchar por nuestra independencia. Si fué un traidor, fué un traidor que sucumbió por defender la República!

El General Fidel Ferrer ha sido citado al Cuartel Militar por el Mayor Davis. Ha corrido, con prontitud a corresponder al Jefe. Se han dado las manos. Están juntos. Charlan de cosas diversas. Hay en el semblante del Mayor Davis una serenidad espantosa... Habla con una voz llena de genuflecciones. Ningún plan más hábilmente preparado... Fidel Ferrer está desarmado y juega con la muerte. Sin advertir la red que lo envuelve, solicita nuevos armamentos para sus tropas, más municiones, más... ¡todo se le

ha concedido! Pero, antes de abandonar la oficina del Mayor Davis, recibirá órdenes de no salir a campaña, sino dos días después. Sinembargo...

Ahora, cincuenta minutos después de esa interesante entrevista, el General Fidel Ferrer regresa de nuevo al Cuartel Militar. No va solo. Lo custodian algunos soldados rubios... Va cargado de esposas. Lo empujan hacia una prisión obscura, pero antes de traspasar el dintel recibirá de mano del capitán Merkel un golpe terrible en el ojo derecho; caerá al suelo, se levantará rugiendo como una pantera encadenada, recibirá un maquinazo horroroso en el cráneo. Quedará tendido sin conocimiento. Allí será juguete de la gendarmería, lo burlarán, lo befarán, le escupirán el rostro.

No morirá todavía...

En la noche, atado a la cola de una yegua, irá desde la ciudad de San Pedro de Macoris hasta Hato Mayor, por el viejo

camino, erizado, estrecho y pedregoso, lleno de numerosas curvas... Cuando caiga, rota la frente, herido los labios, las rodillas destrozadas, se levantará al galope de la bestia en desboque... Escena tan horripilante causa tal indignación, que bien podría darse por no habida.

Sujeto a nuevas torturas y mutilaciones, permanecerá tres días en Hato Mayor; le obligarán a hablar mentira; pero, no mentirá; lo obligarán a calumniar a sus compatriotas, pero no calumniará; sufrirá sed y hambre...

Y, después, por el mismo camino, atado a la cola de un caballo, recorrerá nuevamente el mismo trayecto... Perderá los pies en el camino, se irá desangrando poco a poco, hasta que al fin, detenida la bestia, lo atarán con un lazo por el cuello, lo colgarán lentamente de los brazos de un robusto framboyán, y allí, abandonado a la clemencia del tiempo, los cerdos hambrientos irán engulléndose la carne del in-

feliz ajusticiado!...

Esa, es la sonrisa del águila.

XIX—DOS PERFILES

XIX

DOS PERFILES

I.

JULIO CESAR MARTINEZ

ESTE desventurado adolescente, de apenas quince años, en quien el Destino, siempre cruel y caprichoso, afiló sus garras feroces, era una brillante promesa para su familia y para la patria!

Cayó a destiempo!... Como se desgajan las rosas tempranas al rudo soplo de las tempestades airadas.

En la flor de la vida, cuando apenas el

desengaño había deshojado entre sus labios las primeras ilusiones...

Yo conocí a este simpático y serio jovencito, siendo mi alumno, en el Colegio Preparatorio **Santo Tomás**, donde se distinguió siempre por su conducta impecable, y por su aplicación sobresaliente.

De carácter poco expansivo, a pesar de su edad, pero sí muy sincero, Julio César Martínez imponía su voluntad entre sus compañeros de aula con la firmeza propia de un carácter bien orientado.

Modesto en el vestir, sencillo en el actuar, sus modales discretos y sus palabras medidas, obligaban al merecido reconocimiento.

Siempre lo distinguí con preferencia, orgulloso de poder contarlo en el número de mis discípulos más aprovechados...

Pero, una noche fatal, una noche que dejó grabada como una garra siniestra en mi espíritu, el acerbo de su muerte inesperada, corrí desconsolado al hogar donde

habían de llorarlo para siempre, su madre, su padre, sus hermanos, sus amigos, y todos cuantos le trataron y conocieron.

Allí estaba!... Tirado al suelo, tinta en sangre la faz, en la cual tantas veces había resplandecido el fulgor de una dulce esperanza. Los ojos inmóviles, una vaga sonrisa entre sus labios; oprimiendo entre sus manos el último pedazo de pan, que la muerte hambrienta y codiciosa le arrebatara!...

Al verle, mudo y rígido, hube de pensar en el muchacho aquel que tres horas antes, bajo la techumbre sagrada de la escuela me había hablado con palabras inteligentes, al rededor de Darwin, de su teoría sobre la Evolución o el Transformismo...

Y, ahora, allí estaba sujeto a la ley implacable!

Pero, no había muerto por ley natural.

El asesino, más tarde, luciendo vistosa charretera, recorrería las calles de la ciu-

dad, respaldado y vindicado, por el poderío de la Conquista!...

II

CUANDO muere un niño, el dolor que nos causa su muerte, estalla en una gran inconformidad.

Cuando muere un anciano, sentimos un profundo respeto por su desaparición; respeto que luego, como por obra grandiosa de una voluntad suprema, se torna poco a poco, en una resignación natural....

Sinembargo...

Si sois cristianos, si habéis alguna vez vibrado al soplo de las emociones puras y nobles del espíritu, decidnos: seríais capaces de no extremeceros de indignación, frente a un cuadro de horror cual es, el

que al pie de la presente página, vais a conocer?

Mirad hacia lo alto. Es una noche espléndida. Estáis bajo el cielo dominicano. A pesar de la esclavitud del pueblo, el cielo sonríe siempre, florecido de rútiles margaritas, bello y esplendoroso.

En la torre vetusta de nuestra enmohecida Catedral, la mano del tiempo ha señalado una hora. Son las siete...

Hay una casa, situada en el cruce de las callas **Palo Hincado** y **Mercedes**, sobre cuyas puertas se lee este rótulo: **"El Polo Norte"**.

Es un café. Allí se congregan unos cuantos obreros a disipar todas las noches el amargor que deja en los músculos las fatigas del día. Estos, se refieren cuentos y aventuras; esos, juegan tableros; aquellos, por turno, hacen rodar sobre el verde tapiz, la bola del billar; los demás, miran y se divierten...

Ahora, junto al pequeño aparador que

apenas dá cabida a cuatro o cinco docenas de botellas espumantes, cajas de tabacos, frutas y conservas del pais, está sentado un hombre. Muchas veces, en ese mismo sitio, encorvado por el peso de los años, lo ha sorprendido la mañana. Cuenta con más de sesenta! De cabeza cana, barba blanca, mirada dulce y complaciente, se ha hecho querer y respetar de todos cuantos visitan su modesto establecimiento. Así es como el viejo se gana la vida. Para él, y para su familia. En tristes y dolorosas vigilias...

En el café reina la más perfecta armonia.

Es la noche del 25 de octubre, del año 1916.

De improviso entre los asistentes al café, se impone el pánico.

Afuera, una detonación hecha a quema ropa; tras esa, otra; luego, sobre el empedregado de las calles, el estrépito de los cascos de los corceles enfurecidos; chis-

pean los aceros al aire; el grito de muerte y exterminio se extiende por todas partes, y los de adentro, aterrados, desarmados, enloquecidos; unos salen en fuga por las puertas de la derecha; otros, por las de la izquierda; éstos, defienden la vida ocultándose detrás de las puertas; aquellos huyen por donde alcanzan; solo el viejo Cuevas, con paso vacilante, corre a cerrar las puertas del café, temeroso de que la soldadesca ébria de pillaje, traspusiera el portal. Pero, no logrará su intento. Que al extender el brazo, el filo de la bayoneta le cruzará el estómago, rodará por suelo para no levantarse ya más!

¡Mis ojos lo vieron!

Cuando, apenas, unos minutos después de la tragedia, traspuse el umbral de la casa solitaria y desierta, qué frío de espanto más horroroso contrajo mi indignación! El infortunado viejo Cuevas, Don Félix María, estaba frente al mostrador, con los pies hacia la calle Mercedes, la cara vuelta

hacia un lado. Me incliné para ponerlo de frente, y lo que entonces contemplaron mis ojos angustiados me produjo una impresión tan profunda y dolorosa, que he de llevarla conmigo al sepulcro! En el mismo centro de la camisa, sobre el estómago, una rosa sangrienta por donde parecía iba el inocente victimado a vomitar las entrañas! Diez pasos más distante, la mitad del cuerpo sobre un banco, y descansando la cabeza en el suelo, bajo una mesa, otro muerto, con el corazón descuartizado: ¡Temístocles Ruiz!

El infeliz anciano, por salvar lo único con lo cual contaba para el sustento de los suyos, cayó bajo el filo tajante de los Bárbaros.

Al otro día, bajo la sonrisa del cielo, una concurrencia numerosa iría detrás del féretro, hasta conducirle a su eterna morada!

Y, al llegar la noche, en la paz inmensa de la ciudad dormida, la Patria angus-

tiada y sola, se acercaría llena de piedad para besar con sus lágrimas, imperecederas, el surco misterioso de la tumba recién abierta....

EPILOGO

La vergonzosa facilidad con que se produjo entre nosotros la intervención yanqui, puso en evidencia esta dolorosa verdad: El año 1916 sorprendió a la Rep. Dominicana en plena crisis de hombres de acción y de valor! Tropas había, armas tal vez sobraban... Pero faltó que en la Capital o en San Gerónimo, en lugar de un paquete de vacilantes y temblorosas charreteras, amontonadas sarcásticamente por la mano rencorosa de un destino cruel, hubiera habido un brazo de héroe... Nunca ocasión alguna de alto timbre de gloria, se presentó más propicia para el ímpetu sublime, descabellado y arrollador de un Luis Tejera!...

Pero, si dos raposas pueden con pre-

caución y maña adueñarse, por fin del cubil desierto de un león, y repartirse, gruñendo, la opípara ración allí abandonada, sabido es que en cualquier intrépido empeño de valor, fuerza y poderío, presentarán ellas en fuga la encogida cola, donde el león habría alzado rugiente y magnífico, en son de batalla, sus temidas zarpas.

Y no fueron ellos, los conocidos jefes respectivos de las fuerzas armadas de la Capital y Cambelén, los únicos que en aquella hora dieron espaldas a la gloriosa tradición del valor dominicano y dejaron en triste desamparo su bravo pabellón de guerra; sino, también, todos los otros hombres de armas, que por más de 15 años consecutivos habían ensangrentado y arruinado el solar dominicano en nombre del derecho, de la libertad y del honor...

¡Cómo era posible que para degollar hermanos, cada uno de ellos tuviera, siempre desnuda, una furibunda espada sin miedo y sin piedad, y, ahora, cuando se trataba de pelear por el verdadero derecho, la verdadera libertad y el único verdadero honor, todas esas espadas corrieran a refugiarse en el más apartado rincón del escondido hogar!

Y peor que estos, hicieron los otros!...

Quiénes? Pues aquellos que se habían pasado la vida gozando de todos los honores y todas las supremacías y todas las ventajas que la Patria dominicana prodigaba a sus hombres eminentes: Presidencia de la República, Secretarías de Estado, Plenipotenciarias, Senadurías, Diputaciones, altas togas de la Justicia, etc. etc.... Ay! los más de ellos, al ver penetrar por la Puerta del "27 de Febrero" las hordas de la Intervención, despojáronse prestamente del charolado botín, y quedáronse en plantillas para que nadie los escuchara andar—a rastras muchas veces—por los oscuros y tortuosos pasillos del Gobernador Militar; hasta que ya bien cruzados los hombros con las flamantes libreas de sus nuevos cargos, aparecieron a la luz pública satisfechamente sonreídos. Desde entonces, esa cínica sonrisa se hizo la sutil y desvergonzada divisa de un partido en la República Dominicana: **El Intervencionismo.**

Su programa fué el más breve y el más sencillo: Servir al Sargetón extranjero en todo lo que fuere menester para los propósitos de la desintegración nacional.

Y sus labores fueron, también, de la más fácil realización: Destruir nuestras instituciones seculares; confeccionarle para

la cáfila yanqui, asentada ya firmemente sobre el país como en tierra conquistada, sus leyes de excepción, abuso y saqueo; arruinar la heredad nacional, desalojando de sus campos al pequeño terrateniente nativo en beneficio del latifundio exótico; desquiciar por su base el hogar criollo, enfrentándole el derecho insolente de las bastardías y los adulterios; en fin,—y esto era quizás lo principal—abatir el orgullo social dominicano, llevándoles a sus reuniones de marinos groseros y de soldados aguardentosos, la mujer... la hermana... las hijas... ¿No fué acaso, en una de aquellas suntuosas fiestas del Country Club, rebosante de nuestras familias más linajudas, donde hicieron su alegre y celebrada aparición tres membrudos oficiales del ejército degollador del Este, en el traje indecente de sus bulliciosas playas de baño?...

Sí que fue allí... Y allí no se alzó la rugiente indignación de un padre, de un marido, de un bravo hermano, para reventarle los sesos contra la pared a uno cualquiera de aquellos insolentes! Cómo habían cambiado los varones de mi tierra!

Oh! no señor; no fué un Gobierno de contemporización amable, ni, mucho me-

nos, de extraña camadería con esos hombres que se habían pasado los siete años de nuestra dolorosa esclavitud ordeñando la Intervención, y sirviendo sin tasa y sin escrúpulos los fatídicos planes del inicuo Knapp, del sórdido Snowden, del hábil y corruptor Robison, el que yo esperaba regiría los destinos de mi Patria, cuando volviera a ser dueña de sí. Porque, en verdad, ¿cómo se había de admitir, siquiera en hipótesis absurda, que aquel cínico banderín de la sonrisa insolentemente satisfecha cuando la tierra dominicana era toda un solo valle de sangre y de lágrimas, continuara flotando, ahora también, por encima del decoro y la vergüenza de la Nación?

Y si entre los compromisos arrancados en Washington a los presurosos firmantes del Plan de Liberación, había de contarse, no solo la renuncia de nuestro justísimo derecho de sanción y castigo contra los tránsfugas de la causa nacional, sino, también, el mantenimiento de esos hombres —entre los cuales más de uno había gozado mensualmente los treinta dineros de Judas—en los cargos más encumbrados del presupuesto dentro y fuera del país, cierto ha de ser, que, con esa sola concesión, esta autonomía de ahora, cuesta, en

dignidad y soberanía, infinitamente más que los cruentos sacrificios de hacienda, sangre y vida que hubieron de costar juntas las otras dos.

Pudieron los estultos caporales del ejército invasor, soñar con la conquista permanente del botín que les había caído en garras, y fue, sin duda, en la cabal y más rápida realización de ese falaz ensueño, que emplearon ellos, sin medida, los recursos, quizás únicos, de sus cerebros brutales y de sus entrañas podridas: el hierro, el fuego y el dolor. Pero, los hombres de la Casa Blanca, que observaban incesantemente las señales del tiempo, bien pronto se dieron cuenta de que la intervención en Santo Domingo, luchando siempre con la temeraria resistencia nativa, había empleado ya el **máximum** de su posible duración, llenando, a la vez, de recelos, protestas y amargas acusaciones, el ambiente político del Continente que ellos querían, a todo trance, tener afecto a sus recónditos y poderosos planes de ultramar.

Había, pues, que apresurar la solución de los aviesos propósitos e intereses que la inmensa bandera de las barras y las estrellas trajo, bien custodiados, desde Wall Street hasta nuestras playas; y esto conseguido, ordenar inmediatamente el reem-

barco de las odiosas fuerzas de Ocupación.

Sin embargo; no podían ser aquellos hombres de la cínica sonrisa satisfecha, cargados con el desprecio abrumador de sus conciudadanos, los llamados a cooperar con fino tacto y eficaz empeño en el sutil movimiento de la Desocupación; sino otros, desde luego no malquistos con el Gobernador Militar, ni exentos de oscuras responsabilidades en algunas de sus malas obras de legislador; pero que habían sabido conservar algo del antiguo prestigio alcanzado con inteligencia y nobles servicios rendidos anteriormente al país. Para vencer timoratos escrúpulos, a algunos de ellos se les mostró, de cerca, el sillón presidencial, ahora, tal vez, más bajo que antes, pero, sin duda, más firme y seguro.

El sugestivo ademán surtió su mágico efecto. Las vacilaciones cesaron, y la Junta Consultiva se hizo cargo de darle cumplimento al famoso Plan Wilson.

***

Un estremecimiento de intensa alarma y de espanto recorrió el corazón de los hombres que teníamos fé absoluta en nuestra consigna de "resistencia hasta el triun-

fo o la muerte'. De esa hora en adelante el pueblo dominicano quedaba dividido en dos bandos irreconciliables: **Nacionalistas y Transaccionistas.**

Y fué entonces cuando un grupo de jóvenes patriotas se reunió febrilmente en mi casa No. ( ) de la calle Mercedes, para fabricar el instrumento con que el patriotismo dominicano había de enfrentársele a su poderoso contrario. Al principio, los ardientes afiliados trabajaron a puertas cerradas y en círculo estrecho; y cuando ya creyeron bien templada su arma de combate, fueron, por consejo mío, a tocar a algunas puertas de hombres eminentes. Algunas se entreabrieron para brindarles sanos consejos. Tal vez los creyeron demasiado jóvenes e irresponsables!... Pero otras abriéronse de par en par, y de este modo ingresaron en la naciente Unión Nacional, llevándole el alto prestigio de sus nombres y de su valor, estos caballeros: Andrés Pérez, Félix E. Mejía, Emilio Tejera Bonetti, Emilio Billini, Arturo L. Fiallo, Antonio Hoepelman, Eurípides Roque, Manuel Gil Martínez.

Se discutieron los estatutos escritos por los jóvenes iniciadores: René Fiallo, Ml. Grullón, Juan T. Mejía, Viriato Fiallo, José Joaquín Pérez. Hubo sus críticas.

Y entonces se encomendó la redacción de estas bases a Don Félix E. Mejía.

En sesión popular de amplias puertas abiertas se conocieron los nuevos estatutos que fueron acogidos con entusiasmo en su primera lectura. Y como el propósito principal de la patriótica asociación era poner en fila todas las fuerzas del país contra las inicuas pretensiones yanquis, se dictó allí mismo un férvido llamamiento a los hombres eminentes de la ciudad, y muy especialmente a Don Emiliano Tejera y a los miembros de la Junta Consultiva, para que prestaran su concurso a la obra de la reintegración nacional. Los miembros de la Junta Consultiva declinaron el honor. Don Emiliano Tejera lo aceptó, siempre que la sociedad se reuniera en su casa, pues ya el austero patricio hallábase ciego y casi paralítico. Por aclamación se le nombró Presidente de la Unión Nacional. Los otros miembros de la Directiva fueron: Enrique Henríquez, Américo Lugo, Andrés Pérez, Félix E. Mejía, Emilio Billini, A. Pérez Perdomo, Fabio Fiallo, Antonio Hoepelman y Juan Tomás Mejía. El primero fué nombrado Vice Presidente; los dos últimos Secretarios.

Los estatutos redactados por Don Félix

E. Mejía, no satisficieron por completo las exigencias de la nueva Directiva, y tras breves discusiones, el Lic. Enrique Henríquez quedó encargado de formular nuevas Bases. Fué así como salió a luz el Credo Nacional, que no vacilo en considerar el documento más importante de su época. Tan grande fué su boga, que por mucho tiempo el patriotismo dominicano túvolo por su escudo y su espada.

* * *

¿Cuáles fueron las ventajas alcanzadas por la Unión Nacional? Pues, cuando otras no, ésta, de insuperable valor: la completa derrota del Plan Wilson, que, aceptado como lo había sido ya por una gran parte de los hombres de mayores influencias en el orden intelectual y en el orden político de la República, encubría un astuto y completo plan de vasallaje, que el pueblo dominicano no hubiera podido sacudir en muchísimos años de lucha desigual. De manera, que hoy bien puede afirmarse que es a aquel patriotismo puro e intransigente, representado por la Unión Nacional, a quien debe el Lic. Peynado el título de "Libertador" con que algunos de sus ardorosos partidarios lo han aclamado, así como los hombres del Gobierno actual, la alta y relativamente desa-

hogada posición que hoy ocupan.

El defecto de la Unión Nacional estuvo en su **radicalismo**. Habiendo surgido a la lucha contra el invasor demasiado tarde —ya hemos visto cuándo y de qué manera—no tuvo esta Asociación tiempo suficiente para formar una intensa y extensa conciencia pública, que se hubiera opuesto, inquebrantablemente y por sí sola, a la acción desmoralizadora de la Junta Consultiva; y, después, ya partido en dos el bloque de la resistencia nacional, no supieron su hombres evolucionar con eficaz inteligencia sobre el terreno en que, infaliblemente, debía solucionarse el problema dominicano. Este amor al ideal, por encima del sereno sacrificio de nombre y fama que las apremiantes circunstancias del momento imponían, privó a la República Dominicana, en la hora decisiva de la Desocupación, del concurso inestimable de la agrupación más pura, desinteresada y noble con que contaba la defensa de nuestros derechos.

Ni se detuvo ahí la torpe obstinación; sino que ya convenido definitivamente el Plan de Liberación, aquellos hombres cerraron con firmeza los ojos para no ver, los oídos para no escuchar, negándoles su fé a todas las evidencias. Y por más que

se les advirtió la necesidad de aceptar los hechos cumplidos irrevocablemente, y la absoluta conveniencia de concurrir a las urnas eleccionarias para que el patriotismo puro tuviera sus genuinas representaciones en el Congreso,—donde se librarían las últimas batallas contra el Imperialismo yanqui—como estas advertencias quebrantaban los ya mohosos preceptos del Credo Nacional, prefirieron ellos sacrificarle también a esa deslumbrante sombra del pasado, el imperativo deber de la hora presente, que era, entrar en lucha eleccionaria para las diputaciones de Puerto Plata, Santiago, El Seibo y Azua, Provincias en las cuales el prestigio local de algunos líders nacionalistas hubiera conquistado sin falta una curul.

Piénsese ahora—cuando ya el mal no tiene ningún remedio—en la alta y firme posición que en la conciencia política del país hubiera conquistado el Nacionalismo, si a este Congreso, tan ásperamente dividido como lo está, no por la diferencia de ideales en los partidos—pues ninguno de ellos los tiene—sino por la encarnizada disputa de las posiciones y las prebendas, hombres de la talla de Luis Ginebra, Rafael Estrella Ureña, Dr. Hernández y Luis Felipe Vidal, hubieran llevado la voz aus-

tera e imponente de los verdaderos intereses nacionales.

En fin, siempre aferrados a su Credo, los Nacionalistas fueron los más firmes campeones de la Patria en desgracia, nunca sus estadistas hábiles y entendidos.

***

Si el Credo Nacional fué el documento más importante de su época, asimismo debe considerarse la **Semana Patriótica** como el acto de mayor personalidad, empuje y significación, realizado por el pueblo dominicano durante el largo período de la intervención. Paréceme que se debe a César Tolentino, patriota auténtico de los de 1916, y campeón decidido de la Causa Nacionalista, la feliz iniciativa de este movimiento; pero su propagación magnífica hasta alcanzar las proporciones gigantes de una conflagración que abrasó a la República entera en un solo e irresistible anhelo de libertad a todo trance, fué la obra entusiasta de la Junta Patriótica de Damas de la Capital, presidida por estas dos patriotas eminentes: Rosa de Noel Henríquez y Cristina Morales de Billini.

A través de las llamas fulgurantes de aquel incendio, los soldadotes de la Intervención pudieron contemplar, quizás por

la vez primera frente a frente, y tal como ella es de grande, fuerte y bien templada, el alma dominicana. La súbita e imponente visión produjo en el espíritu decaído del almirante Snowden una profunda impresión de estupor, del cual corrieron a sacarle sus compañeros de mando, exigiéndole, incontinenti, se apresurara a apagar aquel inesperado brote revolucionario con rudos actos de represión que sometieran otra vez al espanto el ánimo del pueblo.

No se compadecían las órdenes recibidas de Washington con esta brutal exigencia; pero como tampoco disgustaba al viejo Gobernador se impusiera una fuerte dosis de miedo a los culpables aparentes de aquel movimiento, resolvió emprender viaje a Haití, y cederle interinamente su sillón de mando al famoso brigadier Feland.

Los ojos saltones, la voz áspera y aguardentosa, grosero en sus modales y cruel por instinto, era este militar el tipo bien delineado del sayón yanqui.

Sus ensayos de represión no se hicieron esperar. A poco de ejercer el supremo mando; Luis C. del Castillo y Rafael E. Sanabia eran sometidos a la justicia prebostal, aunque dejándoles momentáneamente en libertad bajo fianza de tres

mil pesos oro, mientras se les seguía proceso por un discurso del primero durante la efervescencia de la Semana Patriótica y publicado en el periódico del segundo, **La Conquista,** semanario fundado y sostenido por su abnegado Director a fuerza de cruentos y callados sacrificios, y que en aquella hora de vacilaciones, subterfugios y cobardías se hizo el baluarte más firme y agresivo de la oposición intransigente contra los desmanes del Gobierno interventor. Al mismo tiempo Oscar Delanoy, fué internado en la cárcel y enviado a trabajos públicos. Tras un lapso de pocos días, el ilustre patriota Américo Lugo y el esforzado periodista venezolano M. Flores Cabrera, sometidos a la misma jurisdicción militar, hubieron de pagar también fianza de tres mil pesos para verse libres en tanto duraran los trámites de la instrucción. Ese mismo día se dictó auto de encarcelamiento contra mí, como director de "Las Noticias", órgano de la Unión Nacional, y como autor del artículo "Oidme todos" que muy en breve habían de reproducir los periódicos más prestigiosos de toda la América.

Quiero pasar altivamente en silencio los incidentes que provocaron mi prisión...

Tomé un carruaje y fuí a presentarme

al Mayor Mc Lean.

Mi encarcelamiento se efectuó con un rigor inusitado. Se me negó rotundamente el beneficio de libertad bajo fianza.

—¿Por qué?

—Por la magnitud de su crimen, contestóme el Prebost Marcial. Ud. no ha caído bajo mi jurisdicción, como los otros; sino bajo la de una Comisión Militar.

"The limited of the jurisdiction of the Comision in the matter of punishment it may adjudge is dead.—Firmado: Logand Feland.

Juro que sonreí con satisfacción. El Brigadier General Logand Feland me dispensaba un grandísimo honor escogiendo al Director de "Las Noticias" para extremar sus fieros propósitos de intimidación.

Alguien, poco después, al ver, sin duda, que no me habían fusilado, calificó de un incidente sin importancia mi estadía en la cárcel. En efecto; vivir allí en promiscuidad repugnante con 400 criminales de todas las especies, y beber agua sucia, comer carne podrida, sufrir de todas las privaciones etc. etc. no vale nada... Pero, lo que sí exigía ser todo un varón, era resolverse a atravesar con paso firme aquella pavorosa puerta de entrada en la cárcel, que tantísimo miedo había causado a

los otros.

En cambio, escuchad:

"Y todas las miradas del mundo, convergiendo sobre el mar de las Antillas, fué, gracias al peligro de muerte que corría un melodioso ruiseñor, como inmenso foco de luz alumbrando el largo martirio de dos pueblos. (Le Journal. París).

"Una ola de indignación y odio se produjo contra nosotros en todos los países latino-americanos, en donde el poeta Fabio Fiallo es justamente admirado y querido". (W. Serwell. Secretario de la Comisión Pan Americana en Washington).

"Tal como era bien sucediera, el caso de Fiallo contribuyó más a atraer la atención del mundo sobre la causa dominicana, que cualquier otro incidente. (The Nation. New York.)

"La prisión de Fabio Fiallo, el "poeta patriota" de su tierra, fue como una gran batalla ganada contra la causa de la Intervención en Santo Domingo. (The Tribune, New York).

"La absolución de Fabio Fiallo, hoy por hoy, es un anhelo pan-americano. A estos soñadores de lo azul sólo pueden ajusticiarles cortes de amor. La muerte únicamente se la debe dar el buen señor Dios, como a los ruiseñores. Y no es fácil

cortarles la cabeza, porque saben cubrirse con sus alas... (La Nación, Buenos Aires)

Y basta ya de estas breves citas entre mil.

* * *

No han de ocupar estas páginas el puesto que se les había asignado en la patriótica obra de Rafael E. Sanabia. A pesar del grandísimo placer que había de sentir en ello, mi reconocida indolencia puso espacio en escribirlas, y una pluma más docta que la mía ha merecido con razón y justicia el preferente lugar.

No importa; lo que en estas páginas digo vale salir a luz cual que sea el sitio en que aparezca.

Si no he leído los capítulos que integran a **Zarpas y Verdugos**, sí he vivido por algún tiempo—y qué tiempos!—en íntimo intercambio de ideas y sentimientos con su autor, cuando yo, y él, y Luis C. del Castillo y Manuel Flores Cabrera, y Oscar Delanoy y Doroteo Regalado, y más tarde Horacio Blanco Fombona nos trepamos en la Torre del Homenaje para hacer flamear a los vientos del Caribe, y que se alcanzara a ver desde todos los confines de nuestra Amé-

rica, el altivo gallardete de la protesta dominicana contra las rapiñas del águila abusadora y sanguinaria de Wall Street.

Pero, no fué entre los duros barrotes de la cárcel en donde aprendí yo a distinguir y admirar a Rafael E. Sanabia. Un poderoso rasgo anterior, habíame dado a conocer, en súbita visión, la recia contextura de esta alma esforzada. El rasgo fué el siguiente:

El imbécil Snowden acababa de pronunciar su célebre arenga de Haina declarando que la Ocupación yanqui no haría entrega del gobierno de la República, sino a los niños de escuela, cuando los más pequeños alcanzaran la razón adulta.

Tales conceptos exigían una protesta inmediata, y en grupo estrecho de compañeros de ideales, así lo propuse a Américo Lugo, Luis C. del Castillo y Emilio Billini. Llevó la pluma en la redacción del documento el Dr. Lugo. Yo intercalé el párrafo concreto de la Protesta. Hoy en día, aquel documento puede que resulte un tanto descaecido; pero en el momento de recelosa y áspera censura en que hizo brusca aparición, hubo de considerársele como un rasgo de audacia inaudita y de insensata temeridad. Así, fueron muchos los patriotas de entonces que esqui-

varon obstinadamente el compromiso de firmarlo; y bastaría repasar los escasos nombres que lo autorizan, para darse cuenta del miedo que embargaba en esa hora el espíritu público de la Capital, pues he de decir que quien se considerara persona de significación y no esté ahí, fué porque rehuyó este honor.

Y bien; concebir aquella Protesta, y aun escribirla, fueron poca cosa en audacia y temeridad, si se les compara con el heroísmo de llevarlo en la mano hasta dentro del mismo cubil de la Intervención. Era así como debía hacerse, para que alcanzara la dura resonancia de un bofetón en la boca del engreído procónsul que había pronunciado las insolentes palabras de Haina.

Tres bravos campeones fueron escogidos para la gallarda actitud: Luis C. del Castillo, Rafael E. Sanabia y Enrique Aguiar.

Cuando el altivo mensaje fué leído, el furor del tigre estalló en terríficos rugidos de amenaza. Después, no queriendo dar entero crédito a lo que acababa de leer, pidió explicación.

Y entonces, en medio del espantoso silencio que se había hecho, resonó, con las vibraciones de un bravo clarín de guerra

que reta a su poderoso enemigo, un firme acento contestándole:

—Aténgase Ud., Señor Gobernador, a la letra del documento que tiene en la mano. No hay más explicaciones!

Era el alma de acero que se disimula en la frágil envoltura de Rafael E. Sanabia que acababa de saltar desnuda en aquella contestación, como una limpia espada que al salir al sol muestra su magnífico temple en una deslumbrante fulguración de centella.

Fabio Fiallo.

La Vega, Septiembre 1925.

INDICE

Págs

Prólogo.....IX
La Razón de este libro.....5
Porvenir Lejano.....15
Nacionalismo Conservador.....29
El Imperio de la Barbarie.....41
Los Parias.....51
Nacionalismo Empírico.....63
Los Amigos de la Patria.....71
Nacionalismo Ejecutivo.....77
El Héroe Anónimo.....91
La Victoria de los Transfugas.....99
Los Simuladores.....111
Necesidad de Partidos.....119
El Brazo del Heroismo.....129
La Fuerza del Ideal.....135
El Gavillero.....145
La Trajedia de Dos Rios.....155
Tras la Ermita.....165
Los Piratas del Norte.....171
La Zarpa del Jaguar.....203
Dos Perfiles.....215
Epílogo.....243

OBRAS PUBLICADAS

DEL MISMO AUTOR

LAGRIMAS DEL SILENCIO -versos-

ECOS ERRANTES -versos-

DEL EXILIO -versos-

GOLLO -drama-

INEDITAS

ZARPAS Y VERDUGOS-II tomo-

EL ULTIMO EQUIVOCADO -novela-

LAS TROVAS DE MI CONUCO-criollas-

LA HIJA DEL HOSTELERO -Juguete Cómico-

GOLONDRINAS -versos-

BNPHU

LA CUNA DE AMERICA